

## Sobre la reestructuración y el nuevo ciclo de luchas (TC nº 16)

*Crítica y reflexiones en torno al folleto de Échanges et Mouvement: « Les mythes du fordisme dispersé »*

Este folleto recoge un intercambio de textos y cartas entre varios colaboradores habituales de la «red» *Échanges* (BP 241, 75866 París cedex 18) y los redactores de la revista española *Etcétera* (Apartado 1363, 08080 Barcelona). El punto de partida del debate es una constatación que la introducción del folleto presenta como sigue: «fundamentalmente, se han producido transformaciones de gran magnitud en las relaciones antagónicas entre capitalistas y clase obrera». Esta introducción apunta aquí a un problema esencial para la teoría de la revolución: el de la caracterización del período actual de la lucha de clases. No obstante, la introducción general redactada por *Échanges* torna inmediatamente «inofensiva» la cuestión. Las transformaciones, calificadas como de «gran magnitud», en realidad no han transformado nada en absoluto. En efecto, lo principal es «insistir en los elementos de continuidad dentro de la lucha de clases (obrero) y en la estructura de esta clase». Que no haya una *nueva* contradicción es una cosa; que ésta no se transforme y no tenga una historia, es otra. Hablar de «transformaciones de gran magnitud» en la relación entre el proletariado y el capital no es encerrarse en la alternativa: continuidad de la contradicción o desaparición de la contradicción. La contradicción entre el proletariado y el capital tiene una historia, y ni su realidad, ni el momento de esa realidad que constituye su comprensión, alcanzaron su forma «definitiva» con el *Manifiesto Comunista* de 1848, ni con las Izquierdas comunistas de la década de 1920. En esta introducción, se admiten las transformaciones, y si bien se las califica como «de gran magnitud», es para mejor deshacerse de ellas una vez efectuada una reverencia. En efecto, nada ha cambiado: «De la dinámica de la sociedad actual podría surgir una nueva sociedad, *casí sin que los participantes fueran realmente conscientes de ello* (el subrayado es nuestro), como resultado de una miríada de conflictos menores que, considerados individualmente, podrían parecer inocuos, pero que se acumulan en una contradicción de gran magnitud: la contradicción *tradicional* entre capitalistas y trabajadores.» Esta introducción pone de manifiesto en qué abismo de indecisión queda sumergida en la actualidad toda reflexión sobre la revolución comunista por las transformaciones producidas en la contradicción entre el proletariado y el capital, cuando esa reflexión pretende tener en cuenta dichas transformaciones y hablar de ellas sin abandonar la base de sus antiguas concepciones, ligadas a un ciclo de luchas anterior.

En efecto, ¿qué significa para *Échanges* «contradicción tradicional»? Hay dos significados posibles. Por un lado, y en sentido amplio: la contradicción entre capitalistas y trabajadores se opone a cualquier otra contradicción que se pretenda ver obrando en la sociedad sobre la base de la rebelión de la vida, la conquista del propio espacio-tiempo, la democracia, los deseos y la represión, etc. A este nivel no podemos sino estar de acuerdo, aun cuando el término «trabajadores» sea de una imprecisión vergonzosa para designar un término de la contradicción fundamental y su dinámica en

el seno del modo de producción capitalista (volveremos sobre esta «imprecisión»). Por otro lado, y en sentido estricto, «tradicional» significa: como siempre la hemos conocido hasta ahora. Por tanto, asumimos que desde principios del siglo XIX no ha variado. No sólo desaparecen, en ese momento, las «transformaciones de gran magnitud» que constituyen el pretexto de este folleto, sino que, debido a su invariancia, sólo cabe concluir que esa «contradicción tradicional» es, pues, la que impulsa a los trabajadores adueñarse de la producción, a apoderarse del capital (reducido a los medios de producción), todo ello sobre la base de la propia dinámica de éste, que depara «el surgimiento de otra sociedad».

De hecho, para *Échanges*, los dos significados son uno y el mismo: no existe otra contradicción que la que existe entre capitalistas y trabajadores y ésta no puede existir y tener una dinámica sino en la medida en que conduce a los trabajadores a apoderarse del capital, en el sentido de adueñarse de la producción. Que los dos significados sean uno y el mismo para *Échanges* lo confirma el uso de los términos capitalistas y trabajadores. Por supuesto, no hay capital sin clase capitalista, pero no es esto lo que expone *Échanges*, porque exponer que el capital supone forzosamente una clase capitalista conduce, por el contrario, a plantear que el proletariado es una clase del modo de producción capitalista y que la abolición de éste supone necesariamente, por tanto, la abolición del proletariado. En efecto, para mostrar que el capital supone necesariamente una clase capitalista, hay que partir de la explotación como contradicción e implicación recíproca entre el capital y el proletariado. De lo contrario, no se percibirá a la clase capitalista como actividad reflexiva del capital, sino como personas que se apropian de los medios de producción, de las técnicas, de la riqueza, de la ganancia, etc., de forma neutra. Para *Échanges*, la contradicción consiste en oponer a capitalistas y trabajadores en torno al control y la apropiación de esa riqueza, de esas técnicas, de esa ganancia, que brotan de manera natural del trabajo. En tal caso, el término de trabajadores ya no tiene nada de impreciso, pues opone a los «activos» a los aprovechados. *Échanges* no critica jamás esta problemática. Si consideramos, por ejemplo, el último capítulo sobre las crisis monetarias, en el nº 81, el autor critica como «reformista» la distinción entre ociosos y productivos: «cada vez que el capital entra en crisis, vemos reaparecer esta tentativa de oponer el trabajo al capital, no desde el ángulo de la lucha de clases, sino desde el ángulo de la lucha de los productivos contra los ociosos (usureros y especuladores).» Pero en conjunto, ese mismo texto nos hace comprender que la oposición entre trabajo y capital, en tanto oposición entre productivos y ociosos, no es falsa, no es una mistificación, sino en la medida en que engloba al capital industrial dentro de los productivos, en la medida en que entronca con las parábolas de Saint-Simon. Visto desde el ángulo de la lucha de clases, viene a ser lo mismo, pero en los productivos sólo están incluidos los trabajadores.

La «contradicción tradicional», por tanto, no sólo es la contradicción entre capitalistas y trabajadores —en lugar de otra que la hubiera reemplazado— sino que también es la que siempre ha sido y será. Las transformaciones «de gran magnitud» no han transformado nada. Lo que importa son los «elementos de continuidad» de la lucha de clases. La revolución y el comunismo, planteados como afirmación de la clase, que se benefician de una dinámica de mutación del capitalismo, sólo pueden ser referidos a un

ser inmutable de la clase, definido de una vez por todas en el modo de producción capitalista, pero que a la vez siempre lo excede y supera, en la medida en que sería portador de *una forma distinta de gestionar la sociedad que lo define*. Plantear así el proceso de la revolución no puede conducir a la superación de la sociedad existente; no hace sino ponerla del revés. Esta problemática es incapaz de pensar la historia de la lucha de clases como historia del modo de producción capitalista. A lo sumo, frente al ser inmutable de la clase, la revolución puede surgir de condiciones objetivas más o menos favorables ofrecidas por el desarrollo objetivo del modo de producción capitalista.

*Échanges* quiere hablar de las transformaciones actuales del modo de producción capitalista, pero a la vez no puede hacerlo, porque toda su problemática «revolucionaria» pertenece a un ciclo de luchas que ya pasó.

«Una nueva sociedad surge de la dinámica de la sociedad actual.» ¿Qué dinámica es esa? ¿La de la socialización de la reproducción de la clase obrera, tal como nos la describe Pierre Rolle («*Échanges...*» n° 81, pág. 44)? ¿La de las técnicas de comunicación y producción online, como nos dice H.S.? ¿La de una redistribución distinta del plusvalor («*Échanges...*», n° 80, pág. 7)? Se diría, en esta formulación y en los pocos fragmentos de respuesta que cabe atisbar en *Échanges*, que esta dinámica nos remite a una *mutación casi continua del capitalismo en una «nueva sociedad»* (¿comunismo, socialismo?). Visión esta que confirma el verbo «surgir», que no designa a nadie que vaya a hacerla surgir. Esta dinámica, en tanto mutación de un sistema en otro, parece confirmarla la siguiente frase: «casi sin que los participantes sean realmente conscientes de ello». Extraña forma de hacer la revolución (pero, ¿aún hay revolución?) y de producir el comunismo (pero, ¿sigue tratándose del comunismo?). Extraña forma de entrar en la historia consciente. Sabemos que tan pronto como *Échanges* oye hablar de conciencia, saca a relucir la «situación». Para *Échanges*, conciencia equivale a discurso previo elaborado por «gente» ajena a las luchas de la clase y destinado a orientarla (desviarla). En una palabra, conciencia igual a «bolchevismo». Es decir, que *Échanges* acepta lisa y llanamente la concepción bolchevique de la conciencia de clase. La conciencia no es otra cosa que el ser consciente, y surge espontáneamente del suelo de la lucha de clases; también es, mediada por la oposición al capital, conciencia teórica y teoría. La clase no sabe lo que es y lo que hace de forma mística o automática, pues lo que es y lo que hace está constantemente mediado por lo que es y hace el capital frente a ella. La conciencia de lo que se hace no es una introspección ni una iluminación, sino un proceso objetivo, porque es una relación necesaria con un otro en el que las acciones, los objetivos, las consignas, etc., pasan necesariamente por la criba de la actividad adversa del capital. La propuesta de *Échanges* no sólo nos dice que la clase obrera hace la revolución sin darse cuenta, sino además que el capitalismo será derrocado sin que se dé cuenta. El agente de la dinámica inconsciente de la mutación es una miríada de «conflictos menores (...) que se acumulan en una contradicción mayor». ¿Cuál es la naturaleza de esta acumulación? ¿Cuál es la relación entre lo «menor» y lo «mayor»? Los «conflictos menores», ¿no son la «contradicción mayor», es decir, la contradicción entre capitalistas y trabajadores (dejemos de lado, por el momento, el adjetivo que califica la contradicción de

«tradicional»)? Esos conflictos menores, ¿tienen una base o una realidad distintos a la contradicción entre capitalistas y trabajadores? ¿Qué clase de conflictos son? Admitiendo que esos «conflictos menores» ya tuvieran como contenido la contradicción entre capitalistas y trabajadores, subiste la cuestión de cómo se pasa del modo menor al mayor de la contradicción.

Caben dos posibilidades:

a) Acumulación pura y simple: en un determinado momento, demasiado es demasiado.

b) El salto cualitativo. Este plantea un problema porque si, desde la perspectiva del salto cualitativo, la contradicción mayor es la contradicción entre capitalistas y trabajadores, los «conflictos menores», considerados uno a uno en el movimiento de su acumulación, todavía no pueden serlo, lo que nos remite al problema anterior: ¿cuál es, pues, la naturaleza de estos «conflictos menores»?

Por el contrario, si los «conflictos menores» son ya la contradicción, entonces hay que despedirse del salto cualitativo, porque la «contradicción mayor» resulta de una simple acumulación. Se trataría de un lento desgaste del capital y de su poder sobre la producción, lo que estaría muy en línea con los textos que mencionábamos antes, y con el hecho de que la clase hace la revolución y produce una nueva sociedad (es cierto que en el texto ésta «surge») sin ser consciente de ello (el «realmente» forma parte del discurso ornamental).

Por el contrario, pese a todas las diferencias que tenemos con sus análisis, y que expondremos aquí, *Etcétera* no se anda con rodeos. En este debate entendieron perfectamente que ya no se puede hablar de revolución sino sobre la base del reconocimiento de la reestructuración y de un nuevo ciclo de luchas.

- Texto de «*Etcétera*», n° 18, junio de 1991, y carta de Carlos, 7/12/91.

Este texto ofrece una descripción pertinente de la reestructuración, aun cuando no ofrezca una visión sintética de la misma: «A finales de los años setenta la crisis de beneficios llegó a un punto en que se hizo inevitable una reorganización en la gestión de la fuerza de trabajo y una intensificación de la explotación de la misma que hiciera posible la recuperación de la tasa de acumulación de capital (...). Como es comprensible, tal paisaje industrial pone de manifiesto nuevas exigencias en cuanto a las técnicas de organización del trabajo y de gestión de la producción.» (pág. 11). Esto desembocó en la «disgregación de las formas de socialidad y resistencia del obrero-masa». (pág. 13).

Sin embargo, el resto del texto se mantiene en una perspectiva que podría calificarse de *operaista* (calificación que no constituye en sí misma una crítica, ni mucho menos, sino un intento de definir una posición). El capitalismo habría trocado una vulnerabilidad subjetiva (la aglomeración del obrero-masa) por una vulnerabilidad objetiva (la ruptura de la cadena productiva dispersa). «Vulnerabilidad» que ahora sólo se basa en la oposición entre una «dominación» y el rechazo de la «tragedia individual» que consiste en venderse uno mismo como elemento del capital.

«Nuestra tragedia individual es la de ser fuerza de trabajo, precisamente porque nos reconocemos como parte constituyente del capital, es decir de la relación social consistente en la transacción del valor de cambio de nuestra fuerza de trabajo.» (pág.

13). El texto introduce aquí una disyunción interna al proletariado: por un lado, vende su fuerza de trabajo y se reconoce como elemento constitutivo del capital; por otro, el proletariado es ese «nosotros» que experimenta tal cosa —cada uno de forma aislada— como una tragedia individual, y que por tanto es alguien o algo que se distingue de esa venta y de ser «un elemento constitutivo del capital». En un principio, diríase que se trata de una obviedad (que conviene decir y repetir); no es casualidad que ir a trabajar sea «pringar». Pero en un segundo tiempo, la cuestión consiste en saber cuáles son los elementos que difieren y sobre todo cuál es la totalidad que se diferencia. Es una totalidad la que se diferencia y no dos elementos opuestos que no se implican mutuamente: «lo que soy» por un lado, y «el elemento del capital» por el otro. La totalidad que se diferencia es el proletario en su situación social de proletario frente al capital. La distinción entre el individuo portador de una mercancía que, en cuanto a su valor de uso, se confunde con su actividad, y esta actividad, que se convierte en propiedad ajena y movimiento exterior mediante la puesta en valor del capital, se produce en tanto proletario, es decir, que esta «distinción» es una situación de clase y no una «tragedia individual». Esta distinción no opone, por un lado, el hecho de vender la propia fuerza de trabajo, que supuestamente define la faceta «proletaria», y, del otro, a la persona y su rechazo o resistencia a esta situación, que supuestamente define la faceta «existencia humana» (pág. 14) de esa misma persona; se trata de una diferenciación que se produce en el interior mismo de la situación del proletario. La venta de una mercancía distingue necesariamente al vendedor de la mercancía de ésta; la gran originalidad del proletario como «vendedor» de una mercancía es que esta mercancía, la fuerza de trabajo, es inseparable de su persona. No se trata de una «tragedia» que escenifica al individuo en su existencia humana por un lado y al individuo como proletario por el otro, sino de una distinción que se efectúa en el interior mismo del proletario, y del proletariado en general, como fuerza de trabajo, en tanto valor de uso frente al capital. Se trata simplemente de la lucha de clases del proletariado en tanto «elemento constitutivo del capital» *y porque es este elemento constitutivo*. Los proletarios «no quieren seguir siendo “los mismos de antes”», como dice Marx en *La ideología alemana* en tanto proletarios, porque son proletarios.

Simétricamente (es decir, del lado del capital), el texto continúa: «La tragedia de las formas de dominación social articulada en base a la producción capitalista radica en que tienden a negar (supresión del trabajo vivo) la fuente real de valorización que es el trabajo vivo, capaz de valorizar la tecnología». (págs. 13-14). Esta frase contiene muchas cosas.

Se establece una distinción entre las «formas de dominación social» y la «producción capitalista». Las primeras están «en la base» de la segunda. Cabe oponer a este análisis el hecho de que el resultado principal del proceso de producción capitalista es el capital mismo, es decir, la separación entre la clase obrera y el capital (el propio capital es esta separación), y el hecho de que todas las condiciones de la reproducción se dan siempre del lado del capital. Pero eso no es suficiente. Quedarse ahí equivaldría a concebir la reproducción de la relación como un proceso automático en el que cada uno, en su sitio, sólo tendría que hacer lo que está destinado a hacer. Sería olvidar que este proceso de reproducción tiene por único contenido y dinámica la explotación, es decir,

la contradicción entre el proletariado y el capital. Contradicción esta que consiste tanto en la lucha abierta o la sorda resistencia cotidiana del proletariado, como en la competencia entre los capitales, que no es más que la forma que reviste en la relación del capital en general consigo mismo y, por tanto, como relación de los capitales entre sí, la imposición de la explotación, o incluso la tendencia al descenso de la tasa de beneficio. Constantemente, pues, el capital, que es necesariamente clase capitalista (y no monstruo automático), debe, sobre la base adquirida (que es el momento de la objetividad, el momento de la economía), transformar y recrear las condiciones de su valorización en el seno de su relación con el proletariado (incluso y sobre todo si ello pasa por la competencia entre capitales). Puede tratarse tanto de la modificación del proceso de trabajo o la desvalorización de las instalaciones existentes, como de la instalación de nuevas unidades de producción, la intervención de la policía, o la guerra. El capital tendrá que destruir modos de producción anteriores (o configuraciones productivas y sociales obsoletas) para crear fuerza de trabajo adicional, conducir a campesinos a la fábrica, expulsar a obreros del proceso de trabajo, modificar las formas de consumo, etc. Ahora bien, en todo esto no se trata de «formas de dominación que están en la base de la producción capitalista» o que sean previas a la explotación (lo que equivale a reducir ésta, en el peor de los casos, a la contabilidad, y en el mejor al sindicalismo, pero que nunca supone comprenderla como una relación de clases), sino del movimiento mismo de la producción capitalista. Separar las dos, plantear la necesidad de la venta de la fuerza de trabajo en términos de dominación, estrategia o táctica (como hicieron los *operaistas*) es, en cierto modo, «salvar» la producción capitalista, convertirla en un proceso neutro, en la medida en que la «dominación», la «necesidad, se extraen de ella y se definen como una «base».

Este «error» es el corolario del punto de vista anterior acerca de «nuestra tragedia individual». El proceso de producción capitalista continúa siendo un proceso objetivo en torno al cual chocan dos subjetividades contradictorias, la del individuo-proletario y su existencia humana, por un lado, y la de la dominación social que emana de los capitalistas por el otro. Se trata de dos puntos de vista opuestos, pero paradójicamente, esta sobreestimación de la subjetividad deja intacta la objetividad de aquello en torno a lo que tiene lugar la confrontación: el proceso de producción capitalista.

De esto se sigue que la producción capitalista sería contradictoria como tal por estar basada en formas de dominación; por tanto, la producción no lo sería de no ser por encontrarse allí las formas de la dominación (tecnología). En última instancia no es más que producción, trabajo, creación de riqueza. El texto de *Etcétera* incorpora en este punto el aumento de la composición orgánica del capital que está en la base de la tendencia al descenso de la tasa de beneficio, así como el famoso pasaje de los *Grundrisse* en el que Marx explica que la producción capitalista sigue un curso contradictorio: «El capital es la contradicción en proceso, [por el hecho de que tiende] a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza.» *Grundrisse*, Siglo XXI, t. 2, pág. 229). Lo que Marx analiza como un proceso interno de la producción capitalista, *Etcétera* lo entiende como una represión del trabajo vivo. En su problemática, el capital reprime al trabajo porque éste se rebela, y la forma más radical de represión es

prescindir de él. Una vez más *Etcétera* ve claramente un aspecto importante de la lucha de clases que al economicismo marxista se le escapa por completo. Este aspecto es que la lucha de clases no es una resultante de las contradicciones económicas, sino un momento dinámico de la reproducción del capital. Sin embargo, *Etcétera* cae en el error opuesto y pierde de vista el movimiento de la producción capitalista como movimiento contradictorio y proceso de lucha de clases a su vez. Tanto es así que llama «tecnología» al capital fijo, el capital acumulado como valor que sólo se mantiene como tal al valorizarse en contacto con el trabajo vivo, término cuya neutralidad objetivista suena, a primera vista, extraña en este texto, pero cuyo uso se entiende al deshacer la madeja de las posiciones de *Etcétera*. Como los *operaistas* italianos, *Etcétera* quiere ver el desarrollo económico objetivo desde el «punto de vista obrero», pero no se hace desaparecer la objetividad de lo que se mira cambiando el punto de vista; para eso hace falta trastocar la propia problemática. No es eso lo que hace *Etcétera*, que no hace más que añadir a la comprensión objetivista de la producción el momento previo de la «dominación».

El proceso de producción capitalista reprime a la clase obrera porque es un proceso cuyo contenido es la explotación y el aumento de ésta, porque tiene por objeto la extorsión de plus-trabajo, de plusvalor, y su transformación en beneficio (de ahí el aumento de la composición orgánica), porque tiene como resultado y dinámica la tendencia al descenso de la tasa de beneficio. Es este proceso el que reprime a la clase obrera; a través de este proceso, que ya no cabe concebir en los términos del objetivismo y al que no es necesario agregarle una base de dominación, el capital *domina a la clase obrera porque subsume al trabajo. La dominación no constituye su base, ni es una represión previa, sino que es su vida misma en tanto proceso de producción.*

En consecuencia, para *Etcétera*, la contradicción insuperable que tiene que afrontar el modo de producción capitalista es la que se da entre «la supresión física del potencial conflictivo que comporta la fuerza de trabajo, y la necesidad de incorporar e intensificar la explotación de la fuerza de trabajo, como único medio de garantizar la continuación del proceso de acumulación ampliada de capital» (pág. 14). Tras perder de vista la contradicción entre el proletariado y el capital como proceso interno de la producción capitalista, y haber convertido al capital como contradicción en proceso en una cuestión de represión e integración, *Etcétera* deriva necesariamente hacia una concepción humanista de la contradicción entre el proletariado y el capital y su superación. «Los límites reales (objetivos) del desarrollo de la acumulación de capital radican en la fuerza de trabajo o, dicho de otro modo, en la existencia humana sometida como fuerza de trabajo». (pág. 14). Así pues, el capital se encontraría en la situación sin salida de tener que reprimir e integrar a una fuerza de trabajo que sigue necesitando, y que, por estar encarnada en un sujeto humano (nunca definido), siempre se muestra reacia.

En la problemática de *Etcétera*, la explotación siempre es la contradicción que opone al proletariado y al capital, pero lo que convierte a la explotación en una contradicción no es el movimiento del proceso de producción, sino la naturaleza muy particular de uno de los elementos que pone en juego: la fuerza de trabajo de la que es portadora un sujeto humano. En este punto de la exposición de *Etcétera*, la lucha de clases se convierte en un juego táctico entre proletarios y capitalistas. Cada uno de ellos,

al igual que dos jugadores, busca contrarrestar o flanquear al otro. Se pierde entonces su unidad, su implicación recíproca, su pertenencia a una misma totalidad en tanto proceso contradictorio de la producción capitalista, que ya no es más que una especie de apuesta entre los protagonistas del juego. Para que este proceso se lleve a cabo, hace falta que el capital domine, reprima, integre y haga participar. La dominación, la represión, la integración, la participación, no son, pues, captadas como algo interno, intrínseco al proceso de producción y reproducción del capital, como esta contradicción hecha historia, sino como acciones que modulan este proceso. Al pretender «desobjetivar» las manifestaciones de la lucha de clases, *Etcétera* separa la subjetividad de la objetividad; la lucha de clases se convierte en un enfrentamiento de subjetividades, y el proceso de producción en un proceso económico objetivo puesto en práctica en función de los resultados de este enfrentamiento.

La lucha de clases y la economía ya no se encuentran separadas, como en la concepción tradicional: las dos tienen lugar al mismo tiempo, pero están separadas como dos instancias de reproducción del capital. *Etcétera* plantea constantemente este proceso de reproducción a dos niveles. En un primer nivel, se rige por la necesidad económica: la acumulación, la extracción de plusvalor. En un segundo nivel, es dominación y resistencia, rebelión contra esa dominación. Las dos instancias se determinan recíprocamente sin cesar, pero la objetividad sigue siendo objetiva y la subjetividad sigue siendo subjetiva. No se ha producido la lucha de clases dentro del proceso objetivo de la producción, es decir, no se ha desobjetivado este proceso, y como corolario no se ha «des-subjetivado» la lucha de clases. Por ejemplo, no es «la integración de la fuerza de trabajo» la que «garantiza la continuidad del proceso de acumulación ampliada de capital», sino al revés, del mismo modo que no es «la dominación social del capital» la que constituye «la base de la producción capitalista», sino también al revés. Lo que finalmente quiere decir que no existe ni base ni resultado de esa base.

Como siempre, la importancia de tales distinciones en el análisis de la contradicción del proceso de producción y reproducción del capital se pone de manifiesto en las conclusiones «políticas». La consecuencia «política» de una concepción como la de *Etcétera* es la de poder conservar una «política proletaria» (o buscarla, o incluso proclamar su desaparición conservando al mismo tiempo una problemática que debería generarla) fundada en una estrategia específica de la clase frente a otra estrategia, la de los capitalistas. Si la dominación que se realiza en el proceso de producción resulta de una estrategia de la clase capitalista en la base de la producción capitalista, eso significa que en el seno de ese proceso de producción el proletariado sólo está dominado formalmente. Su pertenencia a este proceso y su definición por él, que le siguen siendo en último término exteriores, resultan de una compulsión exterior a su definición y a su pertenencia a este proceso de producción. Dentro de este proceso, por tanto, el proletariado puede desarrollar un punto de vista y una estrategia obreras, promover una identidad propia, y afirmar dicha identidad basándose en el hecho de que no sería más que «la existencia humana reducida a su papel de simple fuerza de trabajo». Puede conservarse así el enfoque tradicional de la revolución y del comunismo como afirmación de la clase basada en la identidad que desarrolla en el seno del modo de

producción capitalista. Visiones más reformistas que la de *Etcétera* (que no lo es) podrían incluso, sobre esta base, tratar de promover una mayor integración, más iniciativas y mayor participación de la clase trabajadora, sin afectar en modo alguno a la extracción de plus trabajo.

Por el contrario, si el propio proceso de producción y reproducción del capital es concebido en sí mismo como dominación, represión, integración, participación y definición de «estrategias» (no se trata, como hemos dicho, de concebir el capital como un monstruo automático), la contradicción entre el proletariado y el capital se confunde con el curso de la acumulación del capital, y no se concibe como un choque de estrategias en torno a esta acumulación. Resulta entonces que el proletariado es contradictorio con el capital en virtud de su estricta definición de vendedor de la fuerza de trabajo consumida en el proceso de producción. Pero, sobre todo, resulta que su lucha contra el capital nunca lo define positivamente con independencia de éste, nunca le confiere la confirmación de una identidad frente al capital. El proletariado no puede encontrar en su existencia, en lo que es frente al capital, una identidad que oponer a éste; aquello que es frente al capital sólo puede llevarlo a abolir el capital y a abolirse a sí mismo.

Sólo cabe reconocer la pertinencia de la presentación de las estrategias actuales de la clase capitalista tal como las expone *Etcétera* (págs. 14-15-16). No se trata de negarlas, pero todo depende de cómo se hayan situado teóricamente esas estrategias dentro de la contradicción entre el proletariado y la clase capitalista, es decir, de cómo se las haya entendido en el marco de la explotación y la acumulación. Ahora bien, también aquí, aunque *Etcétera* indica pertinentemente las tendencias actuales de «gestión de los recursos humanos», sólo aborda esas tendencias como estrategias, como respuestas al peligro que había hecho correr la identidad del obrero-masa a la producción capitalista a fines de la década de 1960 y principios de la de 1970. De lo que se trataría en estas nuevas tendencias, es de integrar individualizando, de reforzar el objetivo perseguido constantemente por el capitalismo desde su origen: reforzar el consenso. Esta visión de las cosas requiere varias observaciones.

En primer lugar, una observación fáctica sobre la importancia del fenómeno en sí. El «fordismo disperso», las nuevas formas de «gestión de los recursos humanos», no afectan, en última instancia, más que a una fracción bastante reducida de la fuerza de trabajo a escala global. Ahora bien, esto no puede constituir en sí mismo una crítica de su importancia social: el trabajo en cadena, en su forma «clásica», sólo afectaba y afecta sólo a una minoría de la clase obrera. Las contradicciones del modo de producción capitalista en un momento dado no dependen, en lo que a su caracterización se refiere, de una evaluación estadística de las formas de trabajo, sino de lo que puede poner en juego la lucha de clases en unos sectores en relación con otros, situando a esos sectores no en una posición de vanguardia, sino de polarización de la lucha de clases, en la medida en que es ahí donde ésta se lleva a término en las condiciones generales de la época.

A continuación, un comentario sobre la *intencionalidad* de estas nuevas formas de gestión; aquí volvemos a encontrarnos con lo que decíamos antes sobre las formas de dominación: la «necesidad de generar un consenso entre los distintos niveles de la

jerarquía funcional del trabajo, evitando que se traduzca en una identidad de clase, como la expresada por las ideologías surgidas con el obrero-masa» (pág. 14). Esta identidad de clase del obrero-masa no se expresó sólo en las ideologías, sino sobre todo en las prácticas de lucha, principalmente en el sector del automóvil. La «respuesta» capitalista al ciclo anterior de luchas no se efectuó por medio de las nuevas técnicas de gestión de los recursos humanos, sino en el propio proceso inmediato de producción, que constituye en sí mismo la forma de dominación del capital. Estas modificaciones del proceso inmediato de producción se materializaron en la deslocalización, la subcontratación, la flexibilización, la precariedad, el trabajo temporal, los trabajos en prácticas y la relación con la economía sumergida en lo que se refiere a la implicación de la fuerza de trabajo en el proceso de producción. La tecnología del proceso de producción era desestructurante de esa identidad en sí misma y no sólo en el sentido de que requería una nueva gestión de los recursos humanos, una nueva gestión de la fuerza de trabajo. La introducción de la informática en el proceso de trabajo y en la relación entre los procesos laborales segmentados incorpora la apropiación de las fuerzas sociales del trabajo, como la cooperación o la ciencia, por un lado, y la división manufacturera del trabajo por otro, al propio capital fijo. Esta apropiación de las fuerzas sociales del trabajo se vuelve adecuada al capital al convertirse en obra del capital fijo, al incorporarse a él. Esta apropiación de las fuerzas sociales del trabajo, que el capital llevaba a cabo simplemente a través de las relaciones capitalistas de producción, a través del uso de la fuerza de trabajo convertida en actividad del capital como consecuencia del primer acto de intercambio entre capital y trabajo (la compra-venta de la fuerza de trabajo), se torna adecuada al concepto de capital en el sentido de que esta apropiación, al objetivarse en el capital fijo, ya no está sujeta a la colectividad de los trabajadores. Esta sumisión *confirmaba*, en el seno de una identidad productiva afirmada frente al capital, la fuerza de trabajo colectiva comprometida en el proceso de trabajo, incluso si esa identidad remitía en última instancia a su alienación común en el capital y encontraba en él, en su propio movimiento de reproducción, esa confirmación. Ese fue uno de los límites de esa identidad y de las luchas que suscitó.

Para el capital, la «obtención del consenso» no es una necesidad que se sume a estas transformaciones «técnicas». Las transformaciones «técnicas» son siempre transformaciones sociales totales, en la medida en que constituyen respuestas a los límites de la acumulación anterior, aumentando la productividad, la intensidad del trabajo, modificando el valor y la calificación de la fuerza de trabajo, las modalidades de funcionamiento del mercado de trabajo y transformando simultáneamente la relación contradictoria de implicación recíproca entre el proletariado y el capital. En ese sentido, la «búsqueda de consenso» no es una de ellas. La transformación de las modalidades de implicación recíproca supone la transformación de la relación contradictoria entre las clases. Al mismo tiempo que genera nuevas formas de lucha por parte del proletariado, también genera una nueva forma de implicación del proletariado en la reproducción del capital y las prácticas de gestión capitalista que le son adecuadas. Las técnicas de gestión de los «recursos humanos» no integran a una fuerza de trabajo indeterminada; el proceso de trabajo no las requiere, sino que las genera; son, en un momento dado, la formalización, en tanto práctica de la clase capitalista, de la relación contradictoria de

implicación recíproca existente, que no se da sin ellas. Fundamentalmente, la sobreestimación de las prácticas capitalistas de búsqueda de consenso que crean implicación recíproca e «integración» remite al hecho de no tomar en serio el hecho de que *el proletariado es una clase del modo de producción capitalista*. Las prácticas de gestión constituyen un momento, una determinación de esa definición, pero no son ellas las que producen la definición del proletariado como clase de este modo de producción.

Por último, un comentario en relación con el contenido, presentado por el texto, de esas nuevas formas de «gestión de recursos humanos». El objetivo de lograr el consenso no se ha convertido en «la piedra angular de las formas de socialidad sometidas» (pág. 15). Aquí volvemos a encontrarnos con una de nuestras divergencias anteriores con el texto de *Etcétera*. El consenso, al igual que antes la dominación, no constituye la base preliminar del buen funcionamiento del proceso productivo capitalista; es este último el que constituye en sí mismo ese «consenso» o esa «dominación». Es el nuevo contenido de este «consenso» el que crea la ilusión de que el «consenso» se ha convertido en el requisito previo. Este nuevo contenido, si nos referimos al texto de *Etcétera*, radica en la necesidad de obtener un consenso sobre la base de la fragmentación, de la precariedad y, por tanto, de la individualización. Ahí es donde radica la «mistificación»: se diría que los elementos de la fuerza de trabajo colectiva existen y llevan una vida particular por separado, de forma individual, antes de integrarse en el proceso productivo. Por tanto, sería preciso, incluso antes de que tuviera lugar el proceso de producción, obtener la adhesión de estos individuos a una comunidad a la que no sólo parecen ser exteriores, sino frente a la cual aparecen como individuos aislados. La ilusión consiste, pues, en tomar esto al pie de la letra y no ver que la individualización de los trabajadores, su fragmentación, no es un hecho primario, algo a resolver mediante un consenso o mediante la creación de una colectividad, sino un hecho ya producido. El «tratamiento diferencial de cada trabajador» no es el proceso de obtención de un consenso, que de hecho nunca existe, ni es el proceso destinado a construir a la fuerza de trabajo como fuerza de trabajo colectiva de un capital, sino el tratamiento de una fuerza de trabajo no sólo colectiva, es decir, ligada a un capital particular como perteneciente a él, sino social, es decir, perteneciente al conjunto de capitales y tratada como tal por cada capital particular.

El texto de *Etcétera* tiende constantemente a plantear la cuestión de la «integración» en el proceso productivo como la de la integración de la actividad humana y no la de la actividad de una clase. A partir de aquí el problema de la integración (o el de la dominación) se convierte en el problema crucial de la comprensión de la sociedad capitalista (de su posibilidad misma). Aquello que debe ser integrado (o dominado) no está concebido y socialmente definido de antemano en relación con aquello que lo «integra». De ahí la insistencia sobre los medios tecnológicos de esta integración: «esto implica extender la tecnología de control de los procesos materiales a una técnica de control del factor subjetivo» (pág. 16). El texto reconoce que es la naturaleza del proceso de producción «lo que hace que la situación de amplios y crecientes sectores de la fuerza de trabajo sea cada vez más precaria» (pág. 15). Pero en tal caso el «trato diferencial» no es algo que hará «aceptar explícitamente» a los miembros de estos «sectores crecientes» un consenso, sino algo que ya los ha producido dentro de esta precariedad, que

constituye ya su situación frente al capital social al que pertenecen. Su pertenencia intermitente a tal o cual capital particular no tiene otra realidad que la de mantener a estos trabajadores dentro de su pertenencia al capital social. Las políticas de «gestión de los recursos humanos» no tienen la función de crear un consenso en el sentido de una adhesión explícita a la existencia y el éxito de un capital particular. Se contentan con colocar a los distintos segmentos de la mano de obra a su nivel; las fracciones más precarias de la fuerza de trabajo son «integradas» en la reproducción de un determinado capital de acuerdo con lo que son y con lo que son esos capitales. No son estas prácticas las que producen su pertenencia a un capital particular, sino que constituyen su definición previa a través de la pertenencia al conjunto de los capitales. La ilusión y la sobrevaloración de estas políticas consisten en tomar al pie de la letra la propia visión que cada capital particular mantiene con «su» mano de obra, sin considerar la relación entre proletariado y capital más que como la relación entre esa fuerza de trabajo y él mismo (tal capital).

El texto de *Etcétera* parte del punto de vista del capital particular, ya que leemos en él que la obtención del consenso se ha convertido en «la piedra angular» de la reproducción de la relación, como si lo que estructurase la relación social de implicación recíproca entre el proletariado y el capital fuera la obtención del consenso en el marco de tal o cual empresa particular (o en la suma de todas ellas).

Frente a las estrategias de consenso de la clase capitalista, se desarrolla un nuevo «ciclo de luchas proletarias» (págs. 16-17-18). Para *Etcétera*, este ciclo de luchas se caracteriza por el carácter localizado y sectorial de las luchas, por la desaparición del «gran proyecto» de emancipación proletaria debido al hecho de que la solidaridad («la vida social») se limita a la que se practica en el proceso de lucha, a través de la correspondencia entre la organización atomizada del proceso de trabajo y las formas atomizadas de solidaridad y resistencia. Lo que llama la atención en estas páginas es la concomitancia entre la percepción de algunas de las características del nuevo ciclo de luchas y la incapacidad de superar una visión programática de la revolución; tanto es así que, ante las características del nuevo ciclo, *Etcétera* termina por declarar caduca la perspectiva revolucionaria basada en la actividad del proletariado contra el capital. Señala con razón que la adaptación de las luchas proletarias a las nuevas condiciones de explotación de la fuerza de trabajo, es decir, la adaptación a la atomización y a la segmentación, lleva a éstas a no ser capaces de promover ya ninguna forma de comunidad. Creyendo sacar las conclusiones del nuevo ciclo de luchas, declara que quienes continúan hablando de comunismo están prisioneros de formas de pensamiento ideológico anteriores. Incapaces de concebir que la contradicción entre el proletariado y el capital pueda ser portadora de la producción del comunismo más que como afirmación de la comunidad de trabajo proletaria, las nuevas características del ciclo de luchas que, obviamente, socavan esta comunidad, llevan a *Etcétera* a declarar obsoleta esta perspectiva y, al mismo tiempo, anacrónicos a quienes continúan promoviéndola. En cierto sentido, si consideramos a quiénes va dirigido este texto (a *Échanges*) *Etcétera* tiene razón: el nuevo ciclo de luchas proclama la caducidad definitiva de la perspectiva programática de afirmación del proletariado como trabajo productivo, creador de valor y de comunidad obrera.

Para *Etcétera*, como ya hemos visto, la contradicción entre el proletariado y el capital es la oposición de dos voluntades, de dos estrategias. Mediante las transformaciones técnicas y las de la «gestión de los recursos humanos», el capital ha logrado imponer al proletariado el estallido de su comunidad y el final de toda perspectiva de afirmación. En cierto modo, el capital habría vencido definitivamente, lo cual no suprimiría su conflictividad, pero despojaría a ésta de toda dimensión y de toda perspectiva histórica. En este razonamiento hay dos cosas que no cuadran: la comprensión de la contradicción entre el proletariado y el capital como ciclo de luchas, y la aceptación del carácter insuperable del programatismo.

El texto firmado *Etcétera* y la carta siguiente, firmada Carlos (pág. 22), no entienden las características del nuevo ciclo de luchas más que como una descripción de las luchas inmediatas y no simultáneamente como reestructuración de la contradicción entre el proletariado y el capital. En consecuencia, estas características sólo son comprendidas en referencia al antiguo ciclo (bautizado como el del obrero-masa), en relación con el cual no se presentan sino como descomposición, fragmentación y desaparición de perspectiva. Estas características no son producidas más que como la negación del ciclo anterior. Todo cambia si consideramos que estas nuevas características participan de una reestructuración de la relación contradictoria entre el proletariado y el capital. Al participar en tal caso de una remodelación de la contradicción, remiten a las nuevas perspectivas producidas por dicha reestructuración. El aspecto fundamental de la reestructuración del modo de producción capitalista llevada a cabo desde fines de la década de 1970 hasta mediados de la década de 1990 consiste en haber situado la relación contradictoria entre el proletariado y el capital (la explotación) a nivel de la *reproducción* del capital, a nivel de su autopresuposición, es decir, de la producción capitalista en la medida en que su principal resultado es la reproducción de la relación entre clases. *La contradicción entre las clases ha adquirido como contenido y envite su propia reproducción*. De aquí se desprende un aspecto esencial para la comprensión y la perspectiva de la lucha de clases del proletariado en la actualidad: su lucha contra el capital tiene como envite y perspectiva su propia abolición inmediata mediante la abolición del capital. Esto es lo que manifiestan las nuevas características del ciclo de luchas, que Carlos señala con perspicacia.

Lejos de designar una descomposición, una desaparición de perspectiva, todas estas características designan una nueva perspectiva, muchísimo más prometedora que la del «obrero-masa». Más prometedora, porque en estas nuevas características y esta perspectiva lo que ha desaparecido es la afirmación de una identidad obrera que siempre fue, en tanto término medio del comunismo, la formalización de la imposibilidad de la revolución y del propio comunismo. Como corolario, lo que se ha producido es la identidad inmediata entre la abolición del capital y su contenido principal, la abolición de las clases, incluido el propio proletariado, mediante su propia acción como clase contra el capital. Si bien es cierto, como dice Carlos, que criticar el carácter focalizado o sectorial de las luchas «es, simplemente, inútil», ello no debería llevar a anunciar, por un lado, la victoria represiva y totalitaria del capital, y por el otro, la existencia de formas de resistencia proletaria difusas y sin perspectivas. Debería llevarnos a reformular el conjunto de la contradicción entre el proletariado y el capital

en el marco de una reestructuración del modo de producción capitalista. En la perspectiva de Carlos y la de Simon (*Échanges*) también (aunque sea para sacar conclusiones diferentes) se admiten transformaciones en el proceso de trabajo y se admiten nuevas características de las luchas, pero es preciso que la contradicción entre el proletariado y el capital —y, sobre todo, su perspectiva— siga siendo idéntica en lo referente a su dinámica, su objetivo y su sujeto formal (el obrero-masa).

Estas luchas, que siguen siendo sectoriales, que se dan hasta su «amargo final», que estallan en torno a la reproducción de la fuerza de trabajo, que son de «desobediencia social» a todos los niveles, expresan positiva y negativamente una sola y misma cosa: *la desaparición de toda identidad obrera confirmada en la reproducción del capital y planteada como base de la reorganización de la sociedad más allá del capital.*

Positivamente, este ciclo de luchas es el de la superación de lo que siempre había sido una contradicción insalvable para la lucha de clases del proletariado: abolir el capital y las clases a través de su estricta acción de clase. Para la actividad de la clase contra el capital, este ciclo comporta la capacidad de producir la pertenencia de clase como contingente, es decir, como una constrictión exteriorizada en el capital. El hecho de que el proceso de la revolución siempre se presentara como el de la afirmación del proletariado bajo una forma u otra representaba en sí mismo la imposibilidad de la revolución y el comunismo.

Negativamente, en la medida en que significa que en este ciclo de luchas la reproducción del capital constituye el límite que afronta cada una de las luchas en su particularidad. Mientras esta fase de la historia del capital no entre en su propia crisis (es decir, cuando ya no pueda seguir adelante: no se trata de vincular la revolución a la miseria), al no tener ninguna perspectiva que afirmar u oponer, ninguna perspectiva ni existencia para sí mediante la cual existir frente al capital, toda la constitución y la existencia misma del proletariado como clase existen únicamente dentro de la contradicción con el capital, no son producidas más que dentro de esta relación y jamás pueden convertirse en una existencia para sí que se relacione consigo misma frente al capital, cosa que Carlos señala, a fin de cuentas, a propósito de la sectorización de las luchas. Mientras el capital se reproduzca en y a través de esta contradicción, el proletariado producirá y desarrollará sus luchas de acuerdo con las categorías del capital, su división del trabajo, su reificación de los elementos del proceso de producción, sus categorías sociológicas (jóvenes, mujeres, comunidades... cfr. «la renovación sindical estadounidense») y, en el peor de los casos, raciales.

La «implantación de mecanismos abiertamente represivos» (pág. 20) de la que habla *Etcétera* no es algo nuevo en la reproducción del enfrentamiento entre la clase obrera y el capital, ni en la actividad del capital destinada a situar a la clase obrera en condiciones de valorizarlo. La «gestión del consenso» nunca bastó, como tampoco bastó, de manera menos superficial, el automatismo de la autopresuposición del capital, precisamente porque esta última nunca ha sido un automatismo, sino la actividad respectiva de dos clases distintas. El carácter quizás más evidente de estos «mecanismos abiertamente represivos» apunta, no a un totalitarismo político, sino al hecho de que la contradicción entre el proletariado y el capital tiene como envite la totalidad de la reproducción de la relación. Mediante su reestructuración, el capital suprimió la

capacidad del trabajo de presentarse como su rival en el seno del modo de producción capitalista, rivalidad que, a nivel político, delimitaba el espacio del juego democrático. La desaparición de ese espacio no resulta del hecho de que el capital ya no podía tolerar la democracia, sino por el contrario, del hecho de que el espacio de esta última experimentó un «big bang» debido a la eliminación en su propio seno del papel del rival; puede extenderse, como ciudadanía, de manera homotética al conjunto de una sociedad civil a la que redefine («totalitaria» porque es sustancialmente idéntica en cada uno de sus puntos).

En esta situación, la ausencia de un proyecto social (pág. 18) no significa para el proletariado otra cosa que la ausencia de desarrollo positivo de su situación inmediata en el modo de producción capitalista, en el que no encuentra identidad alguna, confirmada por éste, a defender y promover como el proceso mismo de la revolución mediante su afirmación y su ascenso al poder. El proletariado ni ha desaparecido, ni se ha convertido en una especie de negatividad pura; sigue siendo válida la definición que da, por ejemplo, *Échanges* en la nota de la página 5 del folleto sobre el movimiento de diciembre de 1995: «el proletariado, en el sentido amplio, del que aquí se trata, son muy concretamente los asalariados, obligados a vender su tiempo y su fuerza de trabajo, y que en consecuencia pierden todo poder y toda libertad sobre el uso de sus vidas. Y que, cuando pueden, protestan contra el sufrimiento.» (Lo único que falta en esta definición es el vínculo con el contenido de la producción de una sociedad distinta.)

Al concebir la dinámica de la lucha de clases del nuevo ciclo con los criterios del antiguo, *Etcétera* y Carlos sólo pueden constatar la desaparición de todo proyecto de superación del capital sobre la base de lo que es el proletariado en el modo de producción capitalista. No pueden ir más allá de la visión programática (ascenso y afirmación de la clase) de la revolución y del comunismo, lo que confirma la concepción misma de la lucha de clases que presentan en el período anterior: «De hecho, con la implantación del fordismo ya se inicia el abandono de la perspectiva de “ir más allá” del capital para adecuarse a “vivir en el capital”» (pág. 18). Claramente, es la perspectiva programática la que se confunde, de una vez por todas, con lo que debería ser la revolución. De ello se deduce que, para ellos, el paso del capital a la subsunción real del trabajo bajo el capital marcó el fin de las perspectivas revolucionarias. Es, pues, el propio ciclo de luchas antiguo, que se extiende desde la revolución rusa de 1917 hasta principios de la década de 1970, el que no es comprendido en su originalidad.

En efecto, desde 1917 hasta principios de la década de 1970, se trata de un único ciclo de luchas, con una pausa considerable en 1945, que a su vez habría que articular con las dinámicas previas del programatismo. Las condiciones de la subsunción real del trabajo bajo el capital fundamentan al proletariado a disputarle al capital la gestión del modo de producción según modalidades que le serían específicas si lo hubiera logrado. Aún más y de forma diferente que en la subsunción formal, es el propio capital el que le legitima a hacerlo. Que eso sea irrealizable e imposible (no formalmente, sino en los propios términos y condiciones de tal «proyecto») no cambia nada; ese siempre fue el caso. Al confirmar en su propio seno una identidad obrera, al integrar la reproducción del proletariado dentro de su propio ciclo, al subsumir su contradicción con el proletariado como su dinámica misma, el curso de la contradicción entre el proletariado

y el capital bajo la subsunción real fundamenta al primero a proclamar: «la contradicción ya no es pertinente». Lo cual es un proyecto de superación del modo de producción capitalista. El capital convierte al trabajo en su propio rival interno: relación conflictiva completamente distinta, es cierto, a la del programatismo clásico (aunque la tendencia a hacerse cargo del desarrollo del capital exista en la socialdemocracia clásica, la problemática general es otra; siempre se pueden encontrar, fuera de contexto, formas embrionarias de cualquier cosa), pero tan masiva y tan total que puede resultar deslumbrante. Es más, para el capital esa rivalidad es la gran debilidad intrínseca de esta primera etapa de la subsunción real, que estallará durante la crisis de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 bajo diversas formas más o menos radicales, y cuya eliminación fue el contenido esencial de la reestructuración, tras haber vuelto inicialmente contra el movimiento sus propias características transformadas en límites.

Ahí se encuentra el fundamento de la persistente dinámica del programatismo (que, no obstante, pertenece esencialmente al período de subsunción formal del trabajo bajo el capital) durante esa primera fase de la subsunción real. La consecuencia fue que la relación programática clásica entre el ascenso de la clase y su afirmación autónoma quedó trastocada. En un primer momento, entre 1917 y 1939, sin dejar de implicarse mutuamente, los términos se encuentran en una situación de violenta conflictividad. En efecto, en el momento en que la afirmación autónoma de la clase encuentra su legitimidad absoluta en una fuerza cada vez mayor de la clase en el seno del capital, ésta no puede sino enfrentarse a este ascenso, que es la negación de su autonomía. Entre 1917 y 1939, la violencia de este proceso en el seno mismo del proletariado, dentro de su contradicción con el capital, dará paso, a partir de 1945, a un período en el que la afirmación autónoma se plantea y se considera a sí misma como exterior y distinta del ascenso, pues este último se ha convertido en simple rivalidad (la mayoría de las veces en el marco de la reivindicación de la democracia) en el seno de la reproducción del capital. Es el período de la marginación de los «grupos radicales».

La posibilidad de esa rivalidad, su legitimación misma, constituye la debilidad intrínseca de la primera fase de la subsunción real. Y esa debilidad intrínseca estalló durante la crisis de finales de los años sesenta, cuando el proletariado declinó, de la manera más reformista a la más revolucionaria, su proyecto de reorganización de la sociedad «sobre la base del trabajo», que no era todavía, en ese momento, un proyecto alternativista, sino la revolución tal como se presentaba entonces. Ese movimiento fue doblegado; hubo derrota obrera. «Mayo del '68» fue vencido, el «otoño caliente italiano» (que duró tres años) también, lo mismo que las olas de huelgas salvajes estadounidenses y británicas, al igual que el movimiento asambleísta español, etc., sin olvidar el conjunto de la insubordinación social que se había extendido a todas las esferas de la sociedad. La derrota no tuvo la magnitud de la de 1917-1936, pero tampoco la reestructuración que estaba en juego tenía la misma magnitud; seguíamos dentro del mismo modo de subsunción, lo que no obsta para que hubiese derrota y contrarrevolución. Dicho de manera un poco abrupta y exagerada: el capital «recuperó el poder» en las fábricas y en el conjunto de la reproducción social. Incluso podemos fechar esa derrota en ocasiones, como en el caso de la manifestación anti-huelguistas de

la FIAT en 1980, o la recuperación del control patronal y sindical de la industria automovilística en Francia tras las huelgas masivas y duras de 1981-1984.

Se entiende que esta «rivalidad», el contenido mismo del antiguo ciclo, lleve a *Etcétera* y a Carlos a dudar de la capacidad misma del obrero-masa en el fordismo para presentar una perspectiva central que fuera más allá del capital. A fortiori, si nos mantenemos en una perspectiva programática, la situación actual se presenta como carente de una perspectiva global de superación del capital. En la carta de Carlos a Simon (pág. 24) se encuentra el núcleo duro de la posición de *Etcétera*: «La reducción de toda condición humana a la de fuerza de trabajo (es decir, la creciente proletarización de la población) no corresponde a una formación sociológicamente homogénea, como sucedía con la clase obrera del fordismo tras la segunda guerra mundial. Finalmente, se podría decir que vivimos en un proceso de transformación comprensible a través de la disgregación de las formas de dominación del capital (del fordismo clásico a la producción descentralizada que implica la descomposición de las formas de agregación del obrero fabril). En este sentido podemos decir que el modelo clásico de confrontación cambió a medida que la extensión de la dominación del capital provocó la desaparición misma de la subjetividad formal que se configuraba como sujeto social, en torno a la clase obrera industrial, y como realidad práctica en los movimientos de masas. Por otro lado, las nuevas técnicas de producción y de gestión contribuyen a formar una estructura muy jerarquizada de la fuerza de trabajo en conjunto, de modo que lo que antes se expresaba bajo la forma de la lucha de dos clases, en lo sucesivo lo hace mediante el estallido de múltiples contradicciones. Ahora bien, ya no existe una contradicción fundamental, sino una conflictividad que en los países capitalistas desarrollados se extiende por todas partes a través de los pequeños delitos, las infracciones y la insubordinación tanto en la esfera de la producción como en la vida social en general. En la actualidad, esta dispersión de conflictos que afectan a capas más o menos amplias de trabajadores y de poblaciones proletarizadas no se articula en torno a un objetivo final, como sucedía en el pasado con la clase obrera organizada en partidos y sindicatos, sino que se presenta como una tendencia a la descomposición de sociedad capitalista más que como una tendencia a la recomposición de un sujeto histórico que conduzca a cualquier sociabilidad alternativa. Eso no significa, en mi opinión, el fin de la lucha de clases, como pretende la sociología posmoderna, sino su transformación, correspondiente a la fase actual del desarrollo de la explotación de la fuerza de trabajo. Y eso significa también, del lado de los trabajadores, nuevas expresiones de resistencia, organización e incluso nuevos valores y concepciones de la lucha a veces contradictorias con las que conocemos del pasado.» (pág. 24).

El problema esencial que se plantea aquí es el de la desaparición de una «contradicción fundamental». Esta última da paso a «una conflictividad que se extiende por todas partes» carente de homogeneidad. ¿Qué es lo que Carlos entiende por «contradicción fundamental»? No es la explotación; es decir, no se trata realmente de la «contradicción fundamental» en su abstracción; es a partir de ahí que la concepción de Carlos se sesga y derrapa (veremos cómo). Él mismo nos dice a qué se refiere con «contradicción fundamental». Para que exista una «contradicción fundamental», hace falta que la explotación engendre y ponga en marcha una «formación sociológicamente

homogénea, como sucedió con la clase obrera del fordismo tras la segunda guerra mundial». Es decir, que tenemos que lidiar con «la subjetividad formal que se fue formando en torno a la clase obrera industrial como sujeto social, y (con) una realidad práctica en los movimientos de masas». Si hemos entendido bien lo que quiere decir Carlos, para que exista una «contradicción fundamental», la explotación debe poner en movimiento a una figura social homogénea, central y dominante de la clase trabajadora, capaz de ser consciente de sí misma como sujeto social, es decir, capaz de relacionarse consigo misma en su identidad frente al capital. Desde este punto de vista, *ya no va a existir «contradicción fundamental»*. Carlos tiene razón al no conformarse con el juego de las abstracciones y el consuelo de reafirmar contradicciones que existen desde que existe el capital, amén de tendencias objetivas que de todas formas tendrían que asegurarnos la victoria. Tiene razón al considerar que la historia no la hacen los conceptos, que no son sino la abstracción explicativa de procesos reales que siempre tienen una forma histórica. Pero donde se equivoca es al no considerar *más que* las formas históricas, al no producir una abstracción a partir de ellas. Al no considerar como «contradicción fundamental» la explotación, sino una forma histórica de la misma, la desaparición de esta forma histórica de la contradicción, elevada al rango de forma absoluta, se convierte en la desaparición de la contradicción. No obstante, esta cuestión de método no responde a la pregunta que plantea Carlos. Sólo hemos entendido que lo que Carlos llama «fundamental» es una figura social obrera hegemónica, que desarrolla sobre su base de existencia un proyecto diferente y enfrentado al capital. En este sentido, como hemos dicho, ya no va a haber «contradicción fundamental». ¿Significa esto que debemos aceptar la visión de una «conflictividad difusa»? No, y por varias razones.

En primer lugar, porque, integradas en una totalidad distinta, y tras haber perdido su centralidad como principio organizador del proceso de trabajo, la «gran fábrica» y las grandes concentraciones obreras no han desaparecido. Ya no son el principio organizador; se han convertido en los elementos de un principio organizador que las engloba, pero todavía existen e incluso se desarrollan.

Después, y ante todo, porque lo que Carlos llama «fundamental» en la contradicción, ya no es, en este ciclo de luchas, debido a sus características, algo sociológicamente dado a priori —como podría serlo el obrero-masa de la «gran fábrica»— sino algo aleatorio. Aquello que ahora ocupa el lugar de lo «fundamental» de lo que hablaba Carlos, y que es el nuevo «fundamental», es un fenómeno de polarización que escapa a todas las determinaciones sociológico-teóricas a priori. Un conflicto particular puede polarizar todos los conflictos y contradicciones que hasta entonces parecían seguir su curso tranquilamente. Esto se debe a que, de hecho, no siguen su curso tranquilamente. El carácter difuso de las contradicciones no es el momento principal, no es una yuxtaposición; entre esas luchas dispersas y difusas existe una conexión interna. *Esa conexión es precisamente lo que las hace dispersas y difusas. La difusión es producida. Encontramos en esta difusión a una vieja conocida: la reproducción del capital. El carácter difuso, segmentado, fragmentado y corporativo de los conflictos es el sino necesario de una contradicción entre las clases situada a nivel de la reproducción del capital, a nivel de su autopresuposición.* La reproducción

del capital de acuerdo con sus propias categorías fundamenta el límite de estas luchas, su aislamiento y/o su «amargo final». Ese es el lado «negativo» del nuevo ciclo de luchas que mencionábamos antes. Pero precisamente porque no se trata de una suma de elementos yuxtapuestos, sino de una *difusión producida a partir de una modalidad histórica de la contradicción entre proletariado y capital*, debido a sus características, a las condiciones en que se desarrolla, al período en que aparece, un conflicto particular puede hallarse en situación de polarizar el conjunto de esa conflictividad que hasta entonces se presentaba como irreductiblemente diversa y difusa (bello como la negación de la negación).

Con la reestructuración y el nuevo ciclo de luchas se establece una dinámica riquísima en perspectivas, que supera esa unidad a priori de la clase que no podía basarse sino en una existencia en el seno del capital que era preciso afirmar como proceso de la revolución. Esta dinámica supone la superación de todos los límites internos de las «revoluciones» pasadas. Por supuesto, esta crítica tiene sobre Carlos la ventaja de haber sido escrita después de la huelga de noviembre-diciembre de 1995, y tras la lucha de los parados y precarios en Francia. Estos movimientos no llevaron a término esa polarización, pero permitieron definir teóricamente su noción.

La proposición de *Etcétera* según la cual «esta dispersión de conflictos que afectan a capas más o menos amplias de trabajadores y de poblaciones proletarizadas no se articula en torno a un objetivo final, como sucedía en el pasado...» es a la vez verdadera y falsa. Es verdadera en lo que concierne a «como sucedía en el pasado». Aquí *Etcétera* sigue prisionera de la visión programática de la revolución comunista como afirmación de la clase sobre la base de lo que ésta puede ser positivamente dentro del modo de producción capitalista. Es falsa en la medida en que las características del nuevo ciclo de luchas no superan, en este texto, el mero nivel descriptivo; simplemente se vinculan a transformaciones técnicas y a una estrategia de gestión y mantenimiento del orden por parte de la clase capitalista.

Las cosas adquieren un cariz completamente distinto si consideramos el nuevo ciclo de luchas como una reestructuración de la relación entre el proletariado y el capital, si consideramos el contenido de la contradicción que históricamente se pone en marcha a partir de fines de los años setenta. Esta contradicción tiene entonces un contenido y una dinámica sintetizables, un contenido y una dinámica que explican el carácter difuso y sectorial de las luchas: fin de la confirmación de una identidad proletaria, contradicción a nivel de la reproducción de las relaciones de clase, constitución de la clase dentro de la contradicción con el capital, límites de las luchas dentro de la reproducción del capital, y por tanto obedeciendo a sus categorías reificadas de reproducción. Se configura, pues, una dinámica sumamente rica en perspectivas mediante la superación de todos los límites anteriores del proceso revolucionario. Una vez más, el texto de *Etcétera* vislumbra esta nueva dinámica, pero al no haber enlazado ciclo de luchas y reestructuración de la relación entre el proletariado y el capital, ni haber superado la visión programática en su planteamiento de lo que podría ser una revolución comunista, esa visión sigue siendo negativa. *Etcétera* no percibe más que una tendencia a la «descomposición de la sociedad capitalista» (pág. 24) y más adelante: «... actualmente se diría que el comunismo es simplemente la potencialidad de cambio social que resulta

de la multiplicidad de conflictos; es decir, la negación del statu quo social que se manifiesta en el hecho de que existen conflictos, aunque sus mismos protagonistas no tengan como meta la sustitución de este orden social por otro» (pág. 25). Ya en la página 18: «la ausencia de proyecto y la incidencia en la inmediatez caracterizan el nuevo ciclo de luchas proletarias». *Etcétera* pone de relieve cosas importantísimas, como la negación del statu quo social y el proceso de «descomposición de la sociedad». En efecto, pone de relieve que la contradicción que se está desarrollando en este nuevo ciclo de luchas a nivel de la reproducción no puede expresarse prácticamente en esas luchas sin que dicha reproducción se vea comprometida. Eso significa para el proletariado la puesta en entredicho de su propia situación social y de las relaciones que definen y renuevan la contradicción entre las clases en el marco de la lucha.

Pero, como siempre, Carlos no ve lo que puede haber de extremadamente prometedor y revolucionario en esto, y permanece aferrado a un momento trasnochado de la revolución. ¿Se puede seguir hablando de fines? Aquí Carlos vuelve a tener razón; la noción de fin y más aún la de finalidad están obsoletas: «No sé hasta qué punto es coherente utilizar esas palabras cargadas de connotaciones finalistas y deterministas a la hora de acometer la crítica de la sociedad actual y de sus conflictos.» (pág. 25) Ahora bien, también aquí la percepción de Carlos es unilateral. Para él, la teorización del comunismo ya no puede ser ni inductiva ni deductiva. Que ya no puede ser deductiva, no hay duda; nunca lo fue, al menos bajo las formas en las que piensa Carlos. Si lo fue, fue considerando el objetivo final como la plena realización del ser ya dado del proletariado en tanto clase del trabajo productivo de valor. Sin embargo, si bien se mira, este enfoque deductivo remite a un enfoque inductivo, en el sentido de que este objetivo final remite a lo que la clase ya era. En lo tocante a un enfoque inductivo en la teorización del comunismo, es cierto que no se puede, detectar en las luchas actuales formas que anuncien el comunismo (pero ¿acaso hubo una época en la que esto era posible? ¿quizás la del anarcosindicalismo?). Esta detección es imposible, porque no hay elementos que detectar. La revolución comunista no es un transcrecimiento de las luchas actuales, sino que resulta de la superación de la contradicción entre el proletariado y el capital tal cual se da en el curso cotidiano de las luchas y del desarrollo del capital, producida a partir de y dentro de esas luchas diarias. Esta superación es el momento en que, en el seno de esas luchas cotidianas, en una situación en la que la contradicción se polariza, la producción de la pertenencia de clase (de la existencia misma del proletariado como clase) es exteriorizada en el capital en el curso de la lucha contra él. Eso es posible, a partir de este ciclo de luchas, porque la definición del proletariado como clase ya no comporta ninguna confirmación de una identidad para sí de la clase y porque en lo sucesivo la contradicción se plantea a nivel de la reproducción de la relación y, por tanto, de las clases. Sólo semejante nivel histórico de contradicción entre el proletariado y el capital puede transformarse en el momento en que esta pertenencia de clase exteriorizada en el capital se convierta en una constricción externa, es decir, en una contingencia. Es en este punto donde la estructura y el contenido de la contradicción, tal cual era «curso cotidiano de la lucha de clases», se supera en contradicción revolucionaria. No hay un transcrecimiento de las luchas actuales a la revolución, por lo que en las luchas actuales tampoco hay, es cierto, formas de la

revolución y del comunismo ya identificables de las que pudiera inferirse el comunismo. Hay, sin embargo, una estructuración y un contenido de la contradicción entre las clases productivas de su superación, a la que las luchas actuales responden en su dinámica y en sus límites.

Carlos detecta una «tendencia a la descomposición de la sociedad capitalista» y no la formulación positiva de un proyecto. Pero, ¿acaso esta tendencia no es para nosotros algo mucho más prometedor que todas las formulaciones positivas de proyectos? Hubiera sido interesante que Carlos desarrollara esta idea, a ser posible apoyándola con algunos ejemplos. No es tan obvio que «descomposición de la sociedad capitalista» y recomposición de un sujeto histórico se opongan y se excluyan mutuamente. Es cierto que nos enfrentamos al carácter difuso de las luchas, a su segmentación, a su corporativismo, a su limitación a un ámbito particular de la reproducción del capital. Pero un movimiento como el de noviembre-diciembre de 1995 en Francia nos muestra que eso se puede superar conservando aquello que expresa esta difusión y esta dispersión, es decir, la capacidad de plantear la contradicción entre el proletariado y el capital a nivel de la reproducción del modo de producción capitalista y, por tanto, de las clases mismas en sus relaciones, por supuesto, con los límites inherentes al desarrollo y al curso inmediato de tal estructura y contenido de la contradicción. Esa huelga —todo el mundo lo dijo— fue un movimiento ambiguo. Pero la ambigüedad no se situaba donde suele verse, entre la defensa de los derechos adquiridos y la voluntad de dar la batalla a todas las reglas de reproducción de la sociedad capitalista. La ambigüedad residía en la defensa de los derechos adquiridos: la idealización de la seguridad social (a la vez límite y objetivo ideal del movimiento). Que las relaciones entre individuos ya no fueran relaciones contables. De hecho, la defensa de los derechos adquiridos no adquirió tanta magnitud ni dio este giro ideal sino porque en esta lucha de «defensa de una etapa anterior», los aspectos nuevos de la relación entre las clases definidos por la reestructuración fueron la condición misma de la lucha y de su magnitud. Una inmensa revuelta contra las nuevas modalidades de explotación de la fuerza de trabajo. Si la defensa de los derechos adquiridos no hubiera estado investida de este contenido, sólo podría haber desembocado en una gestión política, en un deseo de reorganización social sobre la base del trabajo, en un retorno del programatismo; pero no fue ése el caso. Aparte de este ideal, al movimiento no le interesaba ninguna de las propuestas de reforma; la «cumbre social» final fue un evento completamente externo a la lucha, apenas una estrategia de salida de la crisis, ya que el propio movimiento de luchas se había detenido a partir de envites que la lucha había revelado y que no podía tener en cuenta. La contradicción se situó precisamente al nivel de la reproducción de la relación entre clases, precisando al mismo tiempo uno de sus aspectos: la reproducción de la fuerza de trabajo tomada en sí misma (es decir frente a una riqueza considerada como neutra, objeto y no relación social). Si este fue el límite del movimiento, hay que considerar que toda lucha situada a nivel de la reproducción del capital encuentra en las categorías de ésta —a las que el capital le remite como su marco de expresión mismo— un límite intrínseco a su propia definición y a su propia existencia. Dada la naturaleza general del conflicto, el límite específico de esta huelga adquirió en definitiva la figura del ciudadano.

Cuanto más se segmentan y difunden la reproducción del capital y el proceso de explotación sobre el conjunto de la sociedad, transformada en un inmenso metabolismo del capital, tanto más, en ese mismo movimiento, aumenta la capacidad de cada uno de esos segmentos de polarizar el conjunto de la contradicción entre las clases a nivel de su reproducción, porque fundamentalmente esos segmentos, aun antes de ser separados, forman una totalidad, *y sólo se separan como fragmentos de esta totalidad*. Pero también, y simultáneamente, cada una de las luchas en cada uno de dichos segmentos encuentra en esta reproducción un límite inherente a esta polarización, porque sólo puede pasar por ser esta polarización sino a través de la división como condición misma de la polarización. Este es el curso actual de las luchas de clases: «la historia avanza por sus lados malos».

La «recomposición del sujeto histórico» nunca más será la del «frente popular» o la del «obrero-masa»; ya no se recompondrá en torno a una identidad para sí frente al capital confirmada mediante y dentro de la reproducción de aquello que le confiere esa identidad para sí. Este sujeto no es, por tanto, una negatividad evanescente; es la acción de las clases en cada uno de estos conflictos, en cada una de estas actividades subterráneas y cotidianas, en cada una de estas resistencias; es esta acción con todos sus límites. En este momento no está, pues, «descompuesto» por una multiplicidad de contradicciones sectoriales o locales, a partir de las cuales sólo se podría concebir la recomposición como una suma, una agregación; se trata simplemente del proletariado en su relación contradictoria de implicación recíproca con el capital, dentro de los límites específicos de este ciclo de luchas. El proletariado no es una clase revolucionaria debido a una «naturaleza revolucionaria» o una «esencia revolucionaria», sino debido a su situación en la relación contradictoria entre proletariado y capital; de esto se sigue que es inútil buscarlo en acción, como podría buscarse a una fuerza revolucionaria que vaya permanentemente contra el capital de cara a la realización de sus propios intereses de clase «revolucionarios» o de sus intereses «históricos». Hay que abandonar toda noción de norma referencial. En el «conflicto del '93» (movimiento de huelga en muchas escuelas del departamento de Seine Saint Denis, en marzo-abril de 1998), estábamos ante una crítica de la reproducción social de clases. Se podrá decir que ésta se hizo en nombre de la educación, de una igualdad abstracta de las personas y de la democracia, pero sería inútil decir que en esa medida no hubo, en consecuencia, crítica de la reproducción social, que el movimiento no se dio cuenta de lo que hacía. El movimiento fue la crítica de la reproducción social de esta forma y fue de esta forma que no faltaron conflictos internos en el movimiento en torno a esa crítica de la reproducción social, sin oponerle una norma de la crítica de la reproducción social frente a ésta.

La norma remite siempre a una «esencia revolucionaria», cuando para definir al proletariado no se puede hablar más que de *situación dentro de una contradicción*. A partir de esta *situación* del proletariado, la cuestión relacionada con la de la contradicción fundamental y la del sujeto histórico versa sobre el determinismo y la inevitabilidad de la revolución, pero entonces se plantea de forma diferente de cómo se plantea si la referimos a una esencia, incluso si constatamos que está en proceso de delicuescencia. El curso de las contradicciones del modo de producción capitalista no

tiene otra existencia que el curso contradictorio de la explotación y sólo existe, por tanto, como lucha de clases. Incluso la tendencia a la baja de la tasa de beneficio es una contradicción entre las clases, como a menudo hemos expuesto y explicado en *Théorie Communiste*. Puede realizarse una demostración similar en lo que se refiere a la comprensión del capital como contradicción en proceso: una demostración capital en lo que concierne al análisis de la lucha de los parados y precarios del invierno de 1997/1998.

Lo que importa captar es que esta contradicción entre el proletariado y el capital tiene un contenido —la explotación, el descenso de la tasa de beneficio, el capital como contradicción en proceso— y que por ello este contenido de la contradicción no es un determinismo objetivo que impulse la lucha del proletariado y que convierta el desenlace en inevitable, en el sentido de que ya que estaría inscrito de antemano en las leyes económicas. Este contenido es la actividad contradictoria respectiva del proletariado y de la clase capitalista. El comunismo es el resultado de la actividad del proletariado contra el capital, a partir de lo que el proletariado es, históricamente, en este ciclo de luchas. Si este proceso es «abierto», como dice Carlos, es porque realmente existe la *producción del comunismo*. Las luchas actuales no se articulan en torno a un objetivo final a través de lo que son inmediatamente, dando existencia desde ya a ese objetivo, aunque sólo fuera como potencialidad encerrada en esas luchas; eso establecería un enfoque teleológico, pues el movimiento ya no sería sino la meta ya dada produciéndose a sí misma. La revolución y la producción del comunismo son la superación de estas luchas a través de sí mismas, que ellas mismas producen en su forma y contenido a partir de lo que son y de la propia historia cuyo sujeto son.

Carlos no ve en la multiplicidad de los conflictos más que la «descomposición de la sociedad capitalista» y la «negación del statu quo social», y a partir de ahí el comunismo como la «virtualidad del cambio social». Decir que estos conflictos, esta «descomposición» y esta «negación», es decir, las características del nuevo ciclo de luchas, pertenecen a, expresan y definen una etapa histórica de la explotación como contradicción entre las clases no es recrear un finalismo o un determinismo. En este sentido, más allá de su diversidad y sectorización, componen sin lugar a dudas *un* ciclo de luchas. Este ciclo de luchas posee características, una dinámica, y en las respectivas actividades de las clases que pone en movimiento, produce la posibilidad de su superación como movimiento mismo de esas luchas y, de acuerdo con su propia naturaleza, de la contradicción. No se trata de negar el estado actual de los límites de la lucha de clases diciendo que de todas formas la historia y el descenso de la tasa de beneficio velan por todo ello y por nosotros. Pero a la vez que definimos esas características y esos límites como características y límites de un ciclo de luchas, lo que definimos es una forma histórica específica de esa contradicción que es la explotación, y con ello, no una meta a cumplir o una finalidad a alcanzar, sino una dinámica, una contradicción *productiva* de su superación: las actividades reales de sus términos dotan de forma y contenido a esa superación. La gran diferencia con el planteamiento de Carlos consiste en volver a situar las características del nuevo ciclo en el marco de una reestructuración de la contradicción entre el proletariado y el capital y, por tanto, en no pedirles aquello que afortunadamente ya no pueden darnos: el proyecto social del

obrero-masa. Esta reestructuración es, debido a la naturaleza de la contradicción que define, la superación de todos los límites anteriores del programatismo (afirmación de la clase, revolución como ascenso al poder de la clase dentro de este modo de producción y de acuerdo con las características positivadas en él —trabajo, valor... —, transcrecimiento del comunismo a partir de las luchas inmediatas, período de transición, identidad obrera para sí frente al capital...), y sitúa esta contradicción entre el proletariado y el capital a nivel de su reproducción. Esto no confiere un objetivo a la contradicción, sino una dinámica históricamente definida que define la forma y el contenido de la superación que produce (así como sus límites: la reproducción). Si vemos esta contradicción, su dinámica y el nivel en que se sitúa en las luchas de este ciclo (y Carlos delimita bien todas las características que la definen), es obvio que, dada la naturaleza y la estructura de esta contradicción, no se podrán detectar «las formas que bosquejan el comunismo a partir de estas luchas» y que, incluso en lo que tienen de más dinámico y cargado de futuro, producen una superación, pero no son un embrión.

- *Carta de Henri Simon a Carlos: «Sobre la situación de la clase obrera moderna»*  
(2/12/92)

En el comentario crítico a este intercambio de textos y cartas, dejaremos de lado el comienzo de la carta de Henri Simon sobre la naturaleza de los sindicatos, el sindicalismo y las relaciones que pueden mantener con «organismos de base» como los Coba o las coordinaciones. Hemos abordado esta cuestión a menudo en *Théorie Communiste* y no podemos sino remitir, por ejemplo, al libro «*Journal d'un gréviste*». El mismo Simon se refiere al trabajo que hemos realizado sobre las coordinaciones en la SNCF\* (*TC 10*).

Frente a la tesis central de Carlos —la desaparición de una «contradicción fundamental»— el primer argumento que desarrolla Simon es que la clase obrera, en la figura del obrero-masa, no ha desaparecido, y que incluso sigue siendo dominante. Esto es correcto cuantitativa y sociológicamente, pero teóricamente es falso. Es falso teóricamente, en el sentido de que las grandes concentraciones obreras, la perpetuación y hasta la extensión de lo que los *operaistas* llamaban la «gran fábrica», ya no tienen el mismo sentido ni ocupan el mismo lugar en la gestión, reproducción y explotación de la fuerza de trabajo. Si bien fueron el punto focal que organizaba el conjunto de esa reproducción, ahora están situadas dentro de una reproducción y un proceso de subsunción del trabajo bajo el capital que las engloban. No se trata, como parece hacer Carlos, de privilegiar las situaciones de precariedad laboral, la economía sumergida, la subcontratación, el trabajo temporal, los contratos en prácticas, como novedad en la relación, frente al «proletariado clásico» (Simon), ni a éste último basándose en su predominio cuantitativo. La novedad es el conjunto constituido por la segmentación del mercado de trabajo y del proceso productivo. Es este conjunto el que constituye una determinación de la modificación de la relación de explotación y el que, entre otros elementos, define la reestructuración de la contradicción entre el proletariado y el

---

\* Société Nationale des Chemins de Fer. Empresa nacional de ferrocarriles franceses. [N. del t.]

capital. Quedarse con el predominio cuantitativo del «proletariado clásico» (lo cual, dicho sea de paso, es una necesidad teórica para *Échanges*) es, por tanto, teóricamente falso, en el sentido de que, en primer lugar, se deja de lado el nuevo conjunto formado mediante la segmentación del proceso de trabajo, que no se reduce a una simple yuxtaposición y, en segundo, si bien se trata indudablemente de un conjunto orgánico y no de una yuxtaposición, eso significa que siempre estamos lidiando con la «contradicción fundamental» entre el proletariado y el capital constituida por la explotación. Pero llegados a este punto se hace necesario definir esta contradicción en su especificidad histórica: aquello que pone en juego, las modificaciones prácticas de las luchas y su relación con la revolución. Éstas ya no tienen las características, ni el contenido, ni los envites del período anterior, lo que no resta importancia alguna al hecho de que recordar la continuidad de la proletarización a escala mundial —como hace Simon— sea importante.

Cuando Simon (pág. 30) insiste en la homogeneización de la clase obrera, que todavía existe e incluso conquista nuevos sectores, no parece que en un principio eso sea tan evidente. En las áreas donde se reubica la producción (países del «Tercer Mundo»), a menudo presenciamos el uso de oleadas sucesivas de mano de obra de horizontes e incluso de países diferentes en un lugar de producción que puede permanecer idéntico, o una elevada rotación dentro de un mismo contingente de mano de obra, o bien el desplazamiento de los lugares de producción en el interior de una misma área geográfica bastante amplia. Muy a menudo esto va acompañado, incluso dentro de una mano de obra ya sobreexplotada, del establecimiento de una segmentación aún más profunda que en los países del «centro» (trabajo infantil, trabajo a destajo, cfr. los textos de *Kamunist Kranti* sobre las acerías indias, entre otros, en *Échanges*). La homogeneización del «fordismo» está muerta, y sería erróneo pasar de la extensión de un proceso de trabajo, que es el del fordismo, en los países del «Tercer Mundo», a la conclusión de que lo que se extiende es el «fordismo» y su homogeneización de la reproducción de la fuerza de trabajo y de las normas de consumo (incluso un país como Corea ha debido darse cuenta de ello). En cualquier caso, la mayoría de las veces lo que se establece no es siquiera un proceso de trabajo fordista, sino lo que, en un libro ya antiguo (*Mirages et miracles*, 1985), Lipietz bautizó como «el taylorismo sanguinario».

A fin de cuentas, lo más importante no es saber si subsisten ciertos elementos de homogeneidad de la clase trabajadora, y ni siquiera saber si siguen siendo estadísticamente dominantes, sino saber en el interior de qué conjunto están organizados y se reproducen. No obstante, sopesemos uno por uno los argumentos de Simon a favor de «la reconstitución de una forma social proletaria diferente a la antigua, pero no jerarquizada como dices tú (Carlos), sino por el contrario más homogénea (acuérdate de que, en Gran Bretaña, en la actualidad las fábricas de automóviles japonesas sólo tienen una categoría de trabajadores, algo a lo que las fábricas ya establecidas intentan tender).» (pág. 31). Información sin duda precisa, pero ¿no está esto relacionado con lo que Simon nos decía en la parte superior de la página sobre la fábrica de Renault de Douai, en el norte, donde esta fábrica, que tiene 6.300 empleados, controla una red industrial local de 25.000? Eso relativiza la «unidad» de los 6.300.

Ya hemos mencionado la deslocalización en los países «en vías de industrialización», y se diría que allí la homogeneización es muy relativa. En lo que se refiere a los «antiguos países industrializados», el crecimiento de las formas precarias de empleo y de la subcontratación (por no hablar de la economía sumergida) no parece prestarse a debate.

Página 30, 1º§: «La fábrica con la división taylorista del trabajo y la cadena de montaje sigue ahí, aunque la automatización haya provocado profundas transformaciones.» Habría que decidir decir cuáles son esas «profundas transformaciones», tenerlas en cuenta y no contentarse con mencionarlas para acto seguido continuar diciendo que nada ha cambiado. La automatización, que acarrea «profundas transformaciones», no deja intacta la fuerza de trabajo colectiva: un doble proceso de sobre y subcualificación de los puestos de trabajo, una mayor flexibilidad en el uso de los equipos y la mano de obra, un aumento de las cargas de trabajo mediante la multiplicación de las opciones y las serie cortas en un mismo producto, la integración inmediata de los datos del mercado en el proceso de producción, la transformación de la relación con las fuerzas sociales del trabajo integradas adecuadamente en el capital fijo, la transformación de las actividades de mantenimiento, la posible externalización de determinadas funciones, el impacto en la estabilidad laboral y profesional, la concurrencia en el mercado laboral...

El segundo § nos dice que todavía hay trabajadores industriales e incluso más que antes, pero no es esa la cuestión. Como hemos visto, eso es tan cierto como inútil.

El tercer § versa sobre la proletarización en el sector servicios. También allí Simon parece confundir proletarización y homogeneización (dejaremos de lado el problema fundamental de la distinción entre plusvalor y beneficio). Hay que fijarse en las formas de empleo, la rotación organizada por la dirección, el desarrollo del trabajo en forma de prácticas laborales, la precariedad laboral (cfr. el sector mayorista). El transporte por carretera también exhibe formas de proletarización que no pueden ser más «perversas» (el conductor que trabaja para una gran empresa tiene la condición de artesano independiente en un camión que no es el suyo). Podríamos multiplicar los ejemplos en «La Poste»\* o en los hospitales. Masificación y proletarización no son sinónimos de homogeneización; esta última no es un dato objetivo, ni mucho menos, sino precisamente todo un «trabajo subjetivo» que el proletariado lleva a cabo en los conflictos contra el capital (con más o menos voluntad de llevarlo a cabo y mayor o menor éxito). La superación de esta segmentación puede tomar cuerpo en la lucha del proletariado precisamente porque, como decíamos, no es un primer momento, sino que ya es el movimiento de una totalidad. Pero no sirve de nada no reconocerlo.

El cuarto § relaciona la dispersión y los polos industriales. En esto podemos estar totalmente de acuerdo. Lo que cuenta es el conjunto, en el que se efectúa lo que teóricamente constituye el aspecto esencial de esta deshomogeneización: la desaparición de una identidad obrera confirmada en la reproducción del capital, y no la cuestión de la dispersión física de los elementos, aun cuando lo primero no pueda ocurrir sin lo segundo. En esta diversificación, precarización (de la que el paro masivo forma parte),

---

\* Empresa estatal de correos francesa. [N. del t.]

flexibilización, subcontratación, economía sumergida, se trata de quebrar todo lo que pueda obstaculizar la disminución del valor de la fuerza de trabajo, el doble molinete de la autopresuposición del capital, su fluidez. Se trata de las formas objetivas y subjetivas inmediatas en las que se materializó la derrota del antiguo ciclo de luchas. Así, aunque la forma clásica de la «gran fábrica» persista, lo hace con un contenido completamente diferente, debido al conjunto en el que se ubica, a su *propio funcionamiento* y a la propia fuerza de trabajo que pone en movimiento.

El último §, pág. 31, tiene que ver con el consumo. El hecho de que los proletarios vivan en barriadas del extrarradio, vayan al supermercado y vean la televisión no es realmente relevante para definir la homogeneidad de la clase, pero cuando Simon refuta la degradación de la vida proletaria, pueden plantearse serias dudas. A escala global, esa degradación es obvia, y nos vemos obligados a esgrimir este argumento masivo en la medida en que Simon hablaba de homogeneización a este nivel. El nivel de vida del obrero malasio que monta televisores no es el que tiene el obrero holandés en Eindhoven. La manipulación (en todos los sentidos del término) de las estadísticas es siempre delicada, pero en el caso de Inglaterra o Estados Unidos parece demostrado que hay un descenso en el nivel de los salarios; estadísticamente, los casos francés o alemán están sujetos a debate (en Francia, el número de empleados que cobraban el salario mínimo entre 1994 y 1998 aumentó en un 50%).

Como se ha subrayado reiteradamente, el aspecto crucial en esta cuestión de la diversificación y la homogeneidad no es la dispersión geográfica, sino el conjunto formado por la segmentación de la fuerza de trabajo, lo que ésta significa como totalidad. Sería falso quedarse en el nivel de la segmentación o la diversificación sin preguntarse de qué unidad participan, de qué reestructuración de la relación entre el proletariado y el capital y de qué transformación histórica de la contradicción proceden: desaparición de una identidad proletaria confirmada en la reproducción de capital; contradicción situada a nivel de la reproducción del capital.

Cuando, a continuación, Simon llega (pág. 31) al núcleo de la posición de Carlos (la desaparición de una «contradicción fundamental»), pasa completamente por alto la cuestión. Ya hemos abordado, con la carta de Carlos, el problema de la «contradicción fundamental»; aquí lo que importa ya no es la posición de Carlos, que Simon no capta, sino lo que Simon argumenta al respecto. Simon entiende la relación entre «conflictividad difusa» y «contradicción fundamental» como el vínculo entre el «esquema de supervivencia individual» (lo que no es en absoluto peyorativo), la «expresión elemental» de la contradicción entre el proletariado y el capital, la multiplicidad de actos de resistencia, indisciplina, supervivencia y oposición del proletario frente al capital que lo obliga a trabajar y lo explota, por un lado, y la «conciencia revolucionaria», «la idea de finalidad», «la ideología revolucionaria» y aquello que representaba «el militante sindical y político» por otro. Simon deja entrever un desfase, como un proceso de alienación de la actividad del proletario en la «ideología revolucionaria» que «oculta» esta actividad. Sin embargo, el ejemplo que da al final del § no sustenta esta interesante idea, sino que la socava. En efecto, el ejemplo del proletariado aceptando la matanza de 1914, con el que Simon pretendía suscitar dudas sobre la influencia real de las «ideologías revolucionarias», sólo nos muestra una cosa:

que el proletariado no hizo nada distinto a lo que lo que hicieron los representantes de esta ideología (con algunas excepciones), es decir, aceptar la guerra y participar en ella. Se podría pensar entonces, siguiendo este ejemplo, que la «ideología revolucionaria» expresaba «realmente los comportamientos obreros reales», en el sentido de que marcharon al unísono. En su problemática, para Simon «contradicción fundamental» sólo puede significar conciencia, ideología, militante, etc... frente a «los comportamientos reales de los obreros».

Simon sostiene, con razón, que la «contradicción fundamental» es la lucha de clases, pero no percibe lo que Carlos quiere decir con «fundamental», es decir, la capacidad de que esa contradicción sea expresada, portada, de manera explícita y homogénea, por una figura histórica del proletariado que represente y concentre, en su situación, la contradicción tal como se desarrolla en una fase histórica del modo de producción capitalista. Como no capta este significado del adjetivo «fundamental» en el discurso de Carlos, Simon no ve el problema, y tampoco lo ve porque para él la conflictividad difusa y el carácter «fundamental» no plantean ningún problema en lo que a su relación ni a su sucesión histórica se refiere: la segunda simplemente engloba a la primera. Pero Simon va más allá; aprovecha para deshacerse de la noción de «contradicción fundamental», no en el sentido que le da Carlos, sino en el que él ha creído entender: la ideología revolucionaria globalizadora, la conciencia de un objetivo final. «Básicamente, creo que el conjunto de la sociedad se inscribe en una dinámica cuya evolución y finalidad nadie puede prever (eso sería bastante contradictorio con la evolución de la vida misma sobre la tierra). La contradicción fundamental capital-trabajo se inscribe en unas relaciones dialécticas complejas en las que cualquier movimiento de lo uno lleva a un movimiento de lo otro, y en función de intereses inmediatos: el beneficio, por una parte, y la supervivencia por otra (es decir, la resistencia a la reificación). Al margen de esos intereses inmediatos, todo el mundo es pragmático y no tiene una finalidad a la vista. De este pragmatismo se desprende lo que cabe llamar tendencias que, de hecho, como tú lo subrayas, no permiten definir una visión del futuro.» (pág. 32).

«El conjunto de la sociedad forma parte de una dinámica (el subrayado es nuestro)». Aquí ya hay una enorme abstracción que el empirismo no logra dominar y que se le impone con la fuerza de la «evidencia». Nadie le pide a Simon que defina a partir de esta «dinámica» los azares y la necesidad de una teoría de la evolución de la vida, sino que simplemente diga lo que dice a continuación sin atreverse a hacerlo claramente: esta dinámica es la lucha de clases. Nadie puede decir hacia dónde lleva esta dinámica, pero no obstante podemos definir tendencias. ¿Qué significa definir una tendencia, si no se dice hacia qué tiende? Si la tendencia no tiende hacia nada, no existe. La tendencia no tiende hacia nada porque todo el mundo obedece a esos intereses inmediatos, pero ¿por qué obedecer a intereses inmediatos no debería definir una tendencia *hacia algo*? *Échanges* sabe, pero *Échanges* sabe que los demás no necesitan saber. La tendencia no tiende hacia nada porque todo el mundo es pragmático, pero no hay contradicción entre «pragmatismo» e inscripción de ese pragmatismo en una tendencia («Nosotros no consideramos a los proletarios como dioses, al contrario, etc., etc...»). Ninguna contradicción, máxime cuando se tiene la osadía teórica de entender el

«pragmatismo» y la lucha por la supervivencia como «resistencia a la reificación» (es decir, dentro de una dinámica de puesta en entredicho por parte de los proletarios de su propia situación de mercancía fuerza de trabajo). El pragmatismo que se resiste a la reificación apenas tiene algo que ver con el modesto pragmatismo que sirve de tapadera a Simon. En resumen, Simon no puede (¿no quiere?) definir una visión del futuro, pero como veremos unas líneas más adelante, admite tener ese futuro ante los ojos en el «funcionamiento de la sociedad actual». De hecho, Simon está dispuesto a hacer todas las cabriolas imaginables con tal de evitar proferir la frase maldita: la contradicción entre el proletariado y el capital es portadora del comunismo como su superación. Frase esta que no puede leer y comprender sino a través de la matriz del bolchevismo. *Échanges* no puede justificarse más que concibiendo la «conciencia» de la misma manera que los bolcheviques, es decir como algo añadido, ajeno a la acción, procedente del exterior, aunque sea para rechazar no sólo su necesidad sino su misma existencia.

La apelación a la «complejidad dialéctica» cubre con una pudorosa coartada teórica el empirismo, el eclecticismo, el abandono de todo análisis y la exposición de relaciones que no dominamos y que sobre todo no pretendemos controlar. Se abandona toda comprensión del curso contradictorio del modo de producción capitalista y la «contradicción fundamental capital-trabajo» se convierte en un conjunto de «relaciones dialécticas complejas», es decir, en un batiburrillo de acciones y reacciones de las que sin duda acabará por salir algo. No es porque el proletariado, dentro del desarrollo histórico de la contradicción entre él y el capital, no esté sincronizado con un objetivo final (cosa que nadie ha pretendido jamás, y menos las vanguardias que lo «deploran» y encuentran en ello su razón de ser), con una visión del futuro, ni porque ninguna ideología revolucionaria pueda fijar objetivos a la lucha de clases, asignarle lo que debe ser, por lo que esas luchas —que, es cierto, se desarrollan tanto por parte del capital como por parte del proletariado como persecución pragmática de intereses inmediatos y respuestas a situaciones inmediatas— no definen, en un período histórico que en cada ocasión es específico, una época de la «contradicción fundamental». Y para terminar digamos las cosas de forma más directa: «pragmatismo» e «inmediatez», de acuerdo, pero se trata del proletariado y del capital, es decir, de clases dotadas de una situación particular y definida y que actúan de acuerdo con esa definición. Se trata de pragmatismo e inmediatez definidos por una situación de clase que no deja una infinidad de «opciones» y que da un sentido a su enfrentamiento.

En este enfrentamiento inmediato entre el proletariado y el capital, hay acciones, ideologías, formas de organización y mentalidades que caducan, y otras que nacen. Simon no rechaza totalmente esta visión; acepta que extrapolemos «tendencias», pero los dos niveles del discurso no están conectados: por un lado, el desorden y la entropía; por el otro «tratamos de extrapolar tendencias» (¿quién es este «nosotros»: los teóricos, *Échanges*, los militantes...?). Para vincular estos dos niveles, es necesario comprender que las tendencias se producen, que este desorden de las luchas es productivo *en su inmediatez misma* y no en la cabeza de Lenin, porque siempre es un resultado y una dinámica, el momento de una historia. La lucha de clases constituye su propio proceso productivo, no se puede separar de ella un momento y bautizarlo como «desorden» o «ausencia de sentido». No debemos confundir la previsión de una evolución en el

sentido de que la partitura esté escrita, con confundir el mapa y el territorio, asignar una finalidad a la lucha de clases, y definir en una determinada fase la contradicción entre el proletariado y el capital, su nivel, sus características, su dinámica, la forma en que se estructura el curso cotidiano de la lucha de clases, sus límites, la capacidad del proletariado —específicamente definida en un ciclo de luchas— de superar esos límites y de plantear la abolición del capital. Todo esto no es otra cosa que comprender una contradicción.

No hay que jugar con las palabras. Si uno discierne una «tendencia», ha tenido que darse los medios para hacerlo, y entonces debe decir a partir de qué discierne esas tendencias: a partir de las luchas inmediatas en la medida en que éstas son comprendidas dentro de una historia del modo de producción capitalista, es decir, dentro de una historia de la «contradicción fundamental» que es la lucha de clases, que constituye ella misma su proceso de autoproducción. Es importante rechazar la idea según la cual los acontecimientos son la manifestación de un significado, de una finalidad ya existente, y que sólo acceden a la existencia y sólo sobrevienen como manifestación de ese significado y de esa finalidad. Sin embargo, ya sea que hablemos de significado, de tendencias, o incluso de finalidad (al margen de cualquier finalismo), reconocemos que esas tendencias, ese significado y esa finalidad se construyen en el curso cotidiano de la lucha de clases porque éste siempre es el de una época de la historia de la contradicción entre proletariado y capital, es decir, del modo de producción capitalista.

De hecho, lo que está en juego en esta cuestión no es un problema de metodología o epistemología, sino saber si se puede deducir (¿inducir?) la revolución comunista de las contradicciones de clase actuales. Para Carlos claramente no es posible; para Simon la cosa es más vaga: «no podemos definir una visión del futuro». ¿Significa eso que no se puede definir que habrá comunismo (por decirlo sin rodeos) o que no se puede definir cómo será el comunismo? Ya se trate de una cosa u otra, la diferencia no es muy grande en lo que concierne al nivel en el que estamos, y de forma general no se trata de una distinción demasiado relevante: la cuestión es saber si esa contradicción entre las clases es portadora de su superación: «el resto os será dado por añadidura». Este problema se plantea con agudeza en la actualidad, porque en las luchas ya no hay elementos positivos a desprender que constituyan, mediante su desarrollo y afirmación, la prefiguración del comunismo. Eso no significa, sin embargo, que en el actual ciclo de luchas ya no podamos deducir el comunismo a partir de la contradicción entre el proletariado y el capital. Antes hemos visto que incluso nos encontrábamos ante una situación que permitía superar todos los límites anteriores de la producción del comunismo. Pero, ¿por qué es fundamentalmente posible esta deducción (¿inducción?)? La posibilidad de esta deducción deriva en última instancia de una característica estructural de la contradicción entre el proletariado y el capital en su curso cotidiano y aleatorio: la clase nunca encuentra su confirmación en la reproducción de la relación social de la que, sin embargo, es un polo necesario. «En la dinámica de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio, el proletariado está constantemente en contradicción con el desarrollo y la profundización de la relación que lo define. El proletariado está constantemente en contradicción con la existencia social necesaria de su trabajo como

capital, es decir, valor autonomizado frente a él y que sólo sigue siéndolo valorizándose; esta es la tendencia decreciente de la tasa de beneficio. No se trata de una contradicción provocada por la tendencia al descenso de la tasa de beneficio, sino del propio contenido de ésta, que es directamente contradicción social. Para el proletariado, esto significa que su reproducción dentro de la relación de producción capitalista nunca constituye su confirmación, aun cuando sea un término necesario de esa relación.» (TC 9, pág. 30). La conclusión esencial que se puede extraer de esta situación es que, en tanto disolución de las condiciones existentes, el proletariado siempre rebasa la contradicción que lo reproduce y que se reproduce como reproducción de las condiciones existentes. Esto determina todo el contenido del significado histórico del capital, no como desarrollo del concepto de capital dentro de la realidad (finalismo), sino como resultado de la lucha de clases, a la vez que determina realmente la contradicción como contradicción mediante la estructura y el contenido de ésta en la medida en que contiene e implica su superación.

La posición de Simon es un poco ambigua; tras coincidir con Carlos afirma con cautela que se pueden extrapolar tendencias que, con todo, no permitirían «definir una visión del futuro», cosa que, sin embargo, él no deja de hacer en el último párrafo de su carta (pág. 32). «Toda nueva sociedad sólo puede surgir del funcionamiento de la antigua, no a través de acontecimientos, sino casi sin el conocimiento de los participantes (inefable belleza de este «casi», N. del A.), debido a la propia dinámica de la sociedad generada a través de conflictos de interés, mediante transformaciones internas de las relaciones de producción y, en consecuencia, de las relaciones sociales. Creo que cuando se debaten estas cuestiones, la mayoría de las veces, al considerar los acontecimientos (que no son sino la consecuencia de transformaciones internas ya producidas, su formalización en cierto modo) se ve en ellos la causa de esas transformaciones (que muchas veces se nos habían escapado). En otras palabras, por volver a esta cuestión de la finalidad, lo que puede tomarse por una finalidad quizás no sea en realidad más que la formalización de lo que ya existe.» (pág. 32). Aquí Simon o bien dice demasiado o se queda corto: «Toda sociedad nueva sólo puede surgir del funcionamiento (el subrayado es nuestro) de la antigua.» ¿Eso qué significa? Simon no escribe «surge de las *contradicciones* de la antigua», sino de su «*funcionamiento*», como confirma lo que dice a continuación. Es decir, la nueva sociedad surge (¿sigue siendo adecuado este término para lo que dice Simon?) de una gestación larga y positivamente desarrollada en el seno de la antigua sociedad. El «acontecimiento» del surgimiento de la nueva sociedad no es la resultante de la profundización y de la tensión de las contradicciones de la antigua sociedad, de las relaciones de fuerza, sino de «transformaciones internas ya producidas». La finalidad (la nueva sociedad) «quizás no sea en realidad más que la formalización de lo que ya existe». El «surgimiento» de la «nueva sociedad» no es, pues, más que la formalización de su existencia, ya presente en la antigua. Son muchos los textos de la colección de *Échanges* que repiten esta concepción (cfr. TC 13, a propósito del folleto de *Échanges* sobre la huelga de noviembre-diciembre de 1995). Aquí nos sumergimos en el objetivismo más pedestre; la actividad del proletariado, que es la razón misma de la existencia de *Échanges*, se niega a sí misma: es la amarga victoria del «pragmatismo». Es inútil chillar «reformismo» o

«gradualismo» frente a esta concepción de la revolución. Simon y *Échanges* en general no se han convertido en unos subsocialdemócratas. El curso cotidiano de la lucha de clases ha invadido todo su espacio teórico, pero al no poder desarrollar a partir de él ni siquiera una visión tradicionalmente autoorganizadora o consejista, al no poder desarrollar la revolución como transcrecimiento a partir del curso cotidiano como afirmación de la clase, ese curso cotidiano se ha convertido en sí mismo, sin más trámites, en la «transformación revolucionaria»: la nueva sociedad positivamente en movimiento en el seno de la antigua. Esta nueva sociedad no puede surgir sino «a espaldas de los participantes».

- *Carta de Théo Sander a Henri Simon (pág. 34)*

¿Por qué Sander escribe a Simon para criticar a Carlos? En esta carta, Sander responde más a Simon que a Carlos, no sólo como destinatario postal, sino como destinatario teórico. A través de la crítica de Carlos, éste apunta al final de la carta de Simon, donde Simon le concede a Carlos que ya no existe una «finalidad», sino una «dialéctica compleja», es decir, desorden de las luchas en su inmediatez que apenas generan «tendencias» (que no tienden). En su respuesta, Carlos no dejará de plantearle la cuestión del verdadero destinatario: «¿Estás del todo seguro de que tu crítica trata acerca de las reflexiones desarrolladas en mi texto?» Sander, como le fustigará Carlos en su respuesta, es un gran gurú de la tendencia descendente de la tasa de beneficio como «Espíritu del mundo», y Simon ha pecado contra ese «Espíritu del mundo». Simon ha dudado y Théo ha montado en cólera.

Dejaremos de lado, por el momento, la introducción epistemológica y meteorológica. Nos conformaremos con señalar que Sander se detiene en Newton y en las leyes físicas que se desarrollan en un marco de datos del tiempo y el espacio inmutables; la relatividad que sitúa al observador dentro de la observación y del enunciado de la ley, y la física cuántica en la que «dios juega a los dados» —ideologías pequeñoburguesas de la época de la decadencia del capitalismo— habrán de vérselas con su «marxismo intransigente y ortodoxo». Para Théo, como para Dios, las leyes son absolutas. Veamos los tres puntos que Sander se propone debatir «a partir del texto de Carlos».

1) «La forma en que él (Carlos) trata acerca de la ideología del fordismo disperso».

Sander no aborda la cuestión que anuncia, sino la de la relación entre el «número», la masificación de los trabajadores, su concentración, y el papel específico que corresponde al proletariado en el proceso revolucionario (planteado de forma finalista como una «misión»). Este papel «no depende de su número», sino del desarrollo del proceso de acumulación. Eso es exacto, pero también ampliamente insuficiente y formal. Si ese papel específico depende del proceso de acumulación, éste convierte al número, a la masa, en una determinación esencial y decisiva de ese papel. Cuando Sander se asombra de la posición que atribuye a Carlos (con todo, «impregnada de marxismo» como él mismo admite magistralmente) acerca de la importancia del

número, diríase que él mismo necesita reponer fuerzas con los grandes clásicos. «El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento. Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después, por los obreros de una misma fábrica; más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente (...) En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. (...) Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. (...) El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades...» (*Manifiesto Comunista*, Ed. Babel, págs. 20-23).

La masa y las formas históricas de dicha masa son determinaciones decisivas del «papel» del proletariado, no sólo porque confieren una realidad efectiva a ese «papel», sino también porque determinan sus formas y sus actividades. El límite de la posición de Carlos consiste en confundir una forma histórica con la «contradicción fundamental», no en el hecho de comprender esta última en sus formas históricas. Como hemos visto, con la desaparición de la perspectiva basada en el obrero-masa y la concomitante desaparición de toda perspectiva de afirmación de la clase mediante la reestructuración que lo dislocó (aunque subsistan grandes concentraciones, lo importante es la totalidad de la relación proletariado-capital en la que se sitúan), Carlos llega a dudar de toda perspectiva de superación de esta sociedad, sin ver (esa era nuestra crítica) la nueva perspectiva que manifiestan todas las «desgracias» y los límites de la lucha de clases que saca lúcidamente a la luz.

Por repetir la fórmula polémica de Sander: «los ideólogos del capital han decidido deshacerse del antagonismo de clase». Eso es absolutamente exacto, y no son los ideólogos quienes lo han decidido, sino la propia clase capitalista, e incluso es la única razón de ser de toda reestructuración en la medida en que necesariamente es contrarrevolución. Por supuesto, han decidido deshacerse del antagonismo de clase tal como estaba estructurado en la fase anterior, y sólo lo hacen reestructurando la contradicción entre el proletariado y el capital. Cuando Sander empieza a hablar del crecimiento numérico del proletariado, está completamente fuera de lugar. Desarrolla, a partir de las nociones de plusvalor absoluto y plusvalor relativo, la atracción y el rechazo de nuevas fuerzas de trabajo por parte del capital. Todo eso es exacto, salvo que habría que especificar que, en el caso del plusvalor relativo, el rechazo es proporcional al capital puesto en movimiento, lo que significa que puede ir acompañado de un aumento absoluto del número de obreros empleados. Sólo en los períodos de crisis extremadamente agudas, que Marx no contempla más que de manera tendencial para explicar las crisis reales, prevé una caída absoluta del número de obreros empleados (cfr. el capítulo «Exceso de capital con exceso de población» en «Desarrollo de las contradicciones internas de la ley», *El Capital*, Siglo XXI, t. 6, pág. 322). Sander está

fuera de lugar porque si bien habla del crecimiento o del declive numérico de los obreros, eso no nos dice absolutamente nada sobre su concentración o dispersión. Eso no nos dice nada sobre la forma que la acumulación confiere a este número como forma de la contradicción entre el proletariado y el capital. Este punto, por ejemplo, es el que Lenin comprendió perfectamente cuando analizó la capacidad de acción de la clase obrera en la Rusia zarista, cuando supo diferenciar entre el número absoluto de proletarios que había en Rusia y su concentración y con ello, para la época, el nivel moderno que alcanzaba su contradicción con el capital, que los situaba a nivel de los países de Europa Occidental en cuanto a su capacidad de acción.

Cuando, a continuación, Sander se pone «serio», como él mismo nos advierte, es porque no tiene nada que decir; hasta ahora se había conformado con dársele de gracioso. Pero también aquí, en el pasaje «serio», es a Simon —que había centrado su respuesta en la reanudación del crecimiento numérico de la clase— a quien se dirige el texto. Con su visión sinceramente empírica y sinceramente avergonzada por ese empirismo, Simon no tiene la visión estratégica de Sander, a quien no le sorprendería ni le decepcionaría que «los efectivos del proletariado industrial se redujeran a la mitad». Es cierto que para Sander «el capital no ha hecho prácticamente ningún progreso en China e India desde los días de la dominación colonial». Sin embargo, seamos «serios»: mientras quede un proletario, eso es lo que será, y el capital —«autodestrucción» mediante— ya puede prepararse, porque en su mano derecha empuña el rayo de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio.

2) El segundo punto que Sander se propone abordar atañe a la visión de Carlos acerca de la fuerza de trabajo dispersa y descompuesta y al nuevo ciclo de luchas sobre esta base.

En este punto Sander caricaturiza la posición de Carlos para largarnos la vulgata (lo que no es malo en sí, pero hace falta que venga a cuento). Para Carlos no se trata de pretender que el capitalismo pueda prolongarse hasta el infinito eliminando rigurosamente al trabajo vivo. Carlos no concibe esto como una realidad que el capital pueda lograr, sino como una contradicción de su desarrollo; en esto no innova en absoluto en relación con los pasajes clásicos sobre el capital como contradicción en proceso (cfr. *Grundrisse*, Siglo XXI, t. 2, pág. 229); no hace más que situar esta contradicción en el centro del nuevo ciclo de luchas y plantear la pregunta acerca de las consecuencias de esta contradicción sobre el curso de las luchas, sus formas, y su finalidad. Podemos estar en desacuerdo con Carlos en la medida en que, al acentuar esa contradicción, no ve más que la dispersión de la clase como sujeto histórico y la desaparición de lo que él llama la «contradicción fundamental», pero es de mala fe convertirlo en un fan de los gerentes japoneses.

No obstante, Sander señala claramente (pág. 37) el límite de la problemática general de Carlos: convertir la gestión en el aspecto central de la contradicción entre el proletariado y el capital. Ahora bien, esto no se puede criticar sino cuando se vuelve a situar dentro de la perspectiva general, aparentemente heredada del *operaismo* italiano. Es decir, que la crítica esencial de semejante perspectiva no debe versar sobre el capital

como «gestión», sino sobre la revolución como «poder obrero». Si la tesis del capital como «gestión» no fuera un corolario de la del «poder obrero», cabría preguntarse por qué habría que entrar en un debate —polémico, además— con Carlos o *Etcétera* antes que con cualquier manual de gerencia. A Sander se le escapa por completo este corolario.

En los puntos b), c), d), e), f), Sander explica cómo concibe él las relaciones entre desarrollo del capital, crisis y acción obrera. En conjunto, resulta bastante pintoresco.

De entrada, aprendemos que el «verdadero problema central del capitalismo no es que no produzca suficiente plusvalor, sino que produce demasiado» (pág. 38); «la acumulación del capital está limitada por sus principios intrínsecos (la sustitución del trabajo vivo por trabajo muerto)». Así pues, para Sander, los problemas de valorización surgirán en el caso de un aumento continuo de la tasa de explotación. Cabe vacilar en criticar tales afirmaciones diciéndose a uno mismo que semejante incompreensión de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio no es posible y que ha debido leer mal. El capital puede extraer más plusvalor y la tasa de explotación puede muy bien aumentar, y existir al mismo tiempo *escasez de plusvalor* (insuficiencia de plusvalor). La solución de lo que ni siquiera es una paradoja reside en que, en la tasa de beneficio, el plusvalor no está relacionado únicamente con el capital variable sino con el capital total (c+v). Uno se avergüenza de tener que recordarle estas cosas a un sabio como Sander. Diríase que está mezclando una visión luxemburguista de la crisis (problema de la realización del plusvalor) con límites intrínsecos debidos a la caída de la tasa de beneficio. Como resultado, los «límites intrínsecos» siguen siendo bastante misteriosos.

Sander nos da la tabarra con el tema de «la autodestrucción del capital» sin ofrecernos el menor atisbo del principio y de las causas de esta «autodestrucción», salvo en un breve paréntesis: «la sustitución del trabajo vivo por el trabajo muerto». Sin embargo, esta sustitución no lleva al capital a padecer un «exceso de plusvalor», sino claramente escasez en relación con el capital total empleado.

De hecho, frente a Carlos, que reflexiona sobre el curso actual de las luchas de clases en su inmediatez y que sabe que está comprometido en ese curso —con todos los problemas teóricos y personales que eso pueda conllevar dadas las características de la misma— Sander quiere producir la noción de «autodestrucción del capital», y atribuir así los verdaderos interrogantes planteados por Carlos a angustias existenciales. Con la «autodestrucción» se acabaron todas esas nimiedades de la lucha de clases. Para llegar a la «autodestrucción», no concibe el capital como «contradicción en proceso». Para acceder a una autodestrucción bella y verdadera, tiene que declarar que cuanto mejor le va al capital, peor le va, más se autodestruye, y eso sin crisis (Sander es un virtuoso de la dialéctica). Lo que nos dice Sander es que la prosperidad del capital es la autodestrucción del capital, no en la medida en que prepara crisis sino en sí misma. Sander no pretende oponer al «subjetivismo» de Carlos más que un objetivismo puro y duro que culmina en la abracadabrante noción de autodestrucción. Sin crisis, e incluso sin luchas del proletariado, el capitalismo está abocado a la ruina. Lo que desaparece no son sólo las crisis, sino que, más fundamentalmente aún, ya no cabe plantear por un lado la explotación como curso económico, como expresión aritmética del reparto del valor, y por otro la explotación como lucha de clases.

Pero he aquí que la lucha de clases existe. Sander podría haber prescindido de ella, igual que hace un momento ha prescindido del proletariado. Como existe, no tiene otra consecuencia que empeorar las cosas para el capital, o sea, acelerar la «autodestrucción». Es inútil repetir aquí la crítica del objetivismo realizada al comienzo de este texto a propósito de la posición de *Etcétera*, que cae en el error opuesto (todo el n° 15 de *TC* está dedicado a esta crítica del objetivismo). En tanto contradicción entre el proletariado y el capital, la explotación es el contenido mismo del desarrollo del capital, que es lucha de clases y no un proceso objetivo que determine la lucha de clases (Sander se halla incluso fundamentalmente por debajo de esta posición: prescinde de esa lucha), o, a la inversa, enfrentamiento de estrategias contrapuestas que determinan las formas de desarrollo económico (visión que funda en teoría la perspectiva del «poder obrero»).

Sander concluye este segundo punto con consideraciones acerca de los aspectos «dispersos» de la lucha del obrero-masa y sobre los aspectos masivos de la lucha de los obreros dispersos. Dejando a un lado la condición fundamentalmente superflua de las luchas de clase en la perspectiva general de Sander, desprendidas de su problemática, estas observaciones son interesantes. Las luchas del obrero-masa fueron muy a menudo de participación limitada, muy breves y muy específicas. Eso es exacto, pero sólo responde parcialmente a lo que Carlos estaba diciendo. Para empezar, no se puede juzgar la naturaleza de las luchas de un ciclo de manera meramente estadística. Es decir, por ejemplo, si consideramos por un lado una huelga general de tres semanas, y por otro una huelga de dos horas protagonizada por quince trabajadores, deducir que el 50% de las huelgas son muy cortas y de participación limitada sería confundir el tocino con la velocidad. Pero, más importante, este carácter difuso de la conflictividad en las grandes concentraciones obreras sólo se vuelve posible y cobra sentido precisamente debido a la gran concentración obrera: la actividad de diez o veinte obreros polariza en un momento dado la potencia reivindicativa del obrero-masa y extrae de éste su fuerza. No es la forma técnica del proceso de trabajo lo que más cuenta, sino el hecho de que la reproducción del antagonismo permitía la producción de una identidad obrera frente al capital, lo que se expresaba tanto en la huelga masiva como en la multiplicidad de conflictos puntuales.

La reproducción de la contradicción entre el proletariado y el capital incluía la capacidad del proletariado de relacionarse consigo mismo frente al capital, de presentarse frente a él como fuerza de trabajo colectiva, ya fuera a nivel de las modalidades del proceso de trabajo o de la reproducción social de la clase en el marco del Estado del Bienestar, de un área nacional, del pleno empleo... Eso es precisamente lo que la reestructuración del capital ha abolido y lo que modifica, en consecuencia, el significado del aspecto puntual de las luchas, que perdura como tal, pero en el marco de una problemática completamente distinta de la contradicción entre proletariado y capital. Decir que ahora estas luchas aparentemente autonomizadas son en realidad las más generalizadas y las más unificadas debido a la unificación global del capital, no nos dice nada sobre el contenido de esa unificación ni sobre el nivel de la contradicción y su dinámica. Por supuesto, uno no puede, como dice Sander, quedarse en el nivel de la atomización, pero tratarla como una mera apariencia no sólo es falso, sino que, sobre todo, revela que uno no tiene ningún interés inmediato en el curso cotidiano de las

luchas de clases. La unidad que se produce a partir de esa atomización como forma tiene un contenido que ya no es el mismo que la unidad anterior. Es cierto que, como hemos visto, al quedarse sólo en el nivel de la fragmentación de las luchas, dado que no vincula esa fragmentación a la reestructuración del capital, a Carlos se le escapa la unidad en tanto modificación de la contradicción entre clases que integra en su contenido esa fragmentación. Pero proclamar la unidad sin tener en cuenta la fragmentación es, como señala Carlos en su respuesta a Sander, proclamar una abstracción que no nos hace avanzar gran cosa.

3) El tercer punto se refiere a las «tendencias totalitarias del capital y la unificación represiva del mundo sometido al capital».

Para Sander, la perspectiva abierta por Carlos a partir de las tendencias totalitarias pertenece al mismo campo teórico que la sobreestimación de las técnicas de gestión científica. Subraya con razón que, desde que se introdujeron, el taylorismo y el fordismo suscitaron la resistencia de los obreros y fueron objeto de la lucha de clases. En la problemática de Sander, este aspecto central del análisis del desarrollo capitalista no está vinculado a las contradicciones del modo de producción capitalista, que sigue siendo un proceso de autodestrucción en el seno de un curso lineal de la producción. No concibe el proceso de valorización, con la explotación como núcleo, como un proceso contradictorio entre clases, y desarrolla un objetivismo completamente chato sobre la base de un desarrollo gradual que ni siquiera incluye la necesidad de las crisis (el exceso de plusvalor). A menudo este objetivismo es la contrapartida del subjetivismo de Carlos del que hablábamos al comienzo de esta crítica, pero desprovisto de su perspicacia a nivel del curso de las luchas de clases. Y, lo que es más grave, convierte este curso en un elemento accesorio, que se limita a acelerar la tendencia a la autodestrucción. Cabe preguntarse cómo piensa Sander pasar de la autodestrucción a la comunización de la sociedad, a no ser que el capital también vaya a ocuparse de eso, naturalmente «sin que los proletarios se den cuenta». Ciertamente es que Simon nos ha dicho antes que la nueva sociedad se desarrolla en el seno de la antigua y que el paso de una a otra no hará sino revelar algo que ya existe, incluso a espaldas de los partícipes en este cambio.

Sander no tiene noción alguna de la lucha de clases, como no se trate de un ecléctico ir y venir entre la autodestrucción del capital y la agitación obrera, no concebido estructuralmente en los términos de las contradicciones del modo de producción capitalista. Cuando afirma (pág. 41) que el antagonismo no es entre el «capital» (¿a qué vienen las comillas?) y algo que está fuera, pero a la vez dentro de él, nos sentimos tentados de estar de acuerdo. Sin embargo, cuando lo justifica diciendo que el «capital» no es otra cosa que «trabajo», «trabajo muerto y trabajo vivo», hay algo que chirría.

En primer lugar, mientras se presente en la persona del obrero, el trabajo vivo nunca es capital; en ese momento es valor de uso frente al capital, e incluso el único valor de uso capaz de hacerle frente. «Pero el capital tampoco puede enfrentarse al capital, si al capital no se le enfrenta el trabajo, ya que el capital sólo es capital como no-trabajo, en esta relación antitética. En tal caso el concepto y la relación del capital

mismo quedarían destruidos.» (*Grundrisse*, vol. 1, pág. 231). «éste [el trabajo], como antítesis, como existencia contradictoria del capital, está presupuesto por el capital y, por otra parte, presupone a su vez al capital». (*op. cit.*, pág. 236). Aquí nos encontramos ante el primer acto del proceso entre trabajo y capital: la compra-venta de la fuerza de trabajo y el trabajo vivo como valor de uso frente al capital. En el segundo momento del proceso, el intercambio entre el capitalista y el trabajador concluye: «Pasamos ahora a la relación del capital con el trabajo en cuanto valor de uso del primero.» (*op. cit.*, pág. 238). En este momento «mediante el intercambio con el obrero, el capital se ha apropiado del trabajo mismo; éste se ha convertido en uno de sus elementos.» (*op. cit.*, pág. 238). El capital se convierte en proceso y actividad de este trabajo (el trabajo vivo), modo de existencia del trabajo materializado; el capital entra en contacto con el trabajo vivo (no objetivado). «Hay que diferenciar cualitativamente la sustancia que compone al capital, de la forma bajo la cual se presenta ahora *también* como trabajo. Es en el proceso de esta diferenciación y de la eliminación y superación de la misma, donde el capital mismo se transforma en proceso.» (*op. cit.*, pág. 238).

En segundo lugar, la pura subjetividad del trabajo debe ser abolida y objetivada. Por tanto, parece correcto, como dice Sander —siguiendo a Marx— que, en el proceso de producción, el capital «se divide en materia (materia prima e instrumento) y forma (trabajo), y como relación de ambos, como proceso real nuevamente es tan sólo relación sustancial.» (*op. cit.*, pág. 242). La sustancia es el material (instrumentos y materias primas), y la forma, el trabajo. Pero en este punto, nos dice Marx (pág. 249), esta sólo es una relación unilateral, que no es más que una función de uno de los dos elementos, el que se divide en materia y se distingue de la forma (trabajo). El capital es la relación entre los dos, pero planteada unilateralmente; ahí es donde se queda Sander, que luego resuelve la relación entre sustancia y forma por el lado sustancial.

«Si consideramos el capital desde el ángulo en el que originariamente se presenta en oposición al trabajo, tendremos que en el proceso es sólo existencia pasiva, sólo objetiva, en la cual la determinación formal según la cual es capital —o sea una relación social existente para sí— está completamente extinguida. En el proceso se introduce únicamente un aspecto de su contenido —en cuanto trabajo objetivado en general—; pero que sea trabajo objetivado es completamente indiferente para el trabajo, cuya relación con el capital constituye el proceso; es más bien sólo como objeto, no como *trabajo objetivado*, que el capital entra en el proceso, es elaborado.» (*op. cit.*, pág. 242). De esto Sander concluye que oponer capital y trabajo equivale a concebir al capital como materia y no como una relación social, oposición esta que abandona por carente de sentido; pasa por alto la especificación esencial de esta relación social: una relación social que *existe para sí* (abandono al que se suma un error dialéctico, pues la contradicción hace desaparecer entonces sus términos; deja de ser un antagonismo real, dado que esos términos no son más que los fenómenos de una contradicción hecha sustancia). Si procuramos tener en cuenta esta especificación, el capital entonces se plantea correctamente como relación social y no como materia, es decir, que consideramos efectivamente, por un lado, el trabajo como uno de sus constituyentes y como la puesta en movimiento del trabajo al objetivarse. Pero, por otra parte, la oposición entre capital y trabajo se mantiene. En efecto, si consideramos ahora el

proceso de producción a partir del trabajo: «Por otra parte, en tanto el trabajo mismo se ha convertido en uno de sus elementos objetivos, mediante el intercambio con el obrero, su diferencia con los elementos objetivos del capital mismo es únicamente objetiva; los unos bajo la forma del reposo, los otros bajo la forma de la actividad. (...) El capital, por un lado, se presenta sólo como *sujeto pasivo*, en el que toda relación formal ha desaparecido; por otro, se presenta como *proceso simple de producción* en el cual no entra el capital en cuanto tal, en cuanto diferente de su sustancia.» (*op. cit.*, pág. 243). A este nivel, la visión, aunque sea la inversa de la anterior, es igual de unilateral, porque no se tiene en cuenta el comportamiento específico del capital, la distinción previa real de los elementos.

«Debe llamarse la atención en este lugar respecto a un elemento que no surge aquí sola y principalmente desde el punto de vista de la observación, sino que está puesto en la relación económica misma. En el primer acto, en el intercambio entre el capital y el trabajo, el trabajo en cuanto tal, existente *para sí*, entra en escena necesariamente como *obrero*. Otro tanto ocurre aquí en el segundo proceso: el capital en general está puesto en cuanto valor existente para sí, *egoísta*, por así decirlo (a lo que en el dinero solamente se tendía). Pero el capital que existe para sí es el *capitalista*. Los socialistas dicen, ciertamente, que necesitamos capital pero no a los capitalistas. El capital aparece aquí como una mera cosa, no como relación de producción que, reflejada en sí misma, es justamente el capitalista.» (*op. cit.*, págs. 243-244). Aquí se encuentra la solución del problema: el capital es, efectivamente, una relación social; es, efectivamente, trabajo muerto, y el trabajo vivo es efectivamente uno de sus componentes; pero es una relación social que se refleja de forma necesaria en sí misma. Por eso supone al capitalista y como tal éste se enfrenta al obrero. Aquí nos encontramos ante un verdadero nudo teórico en el que se entrecruzan la crítica del objetivismo y la fundamentación de las clases como elementos distintos e irreductibles de una oposición real en su implicación recíproca y en su contradicción.

Decir que el capital es trabajo vivo *y* trabajo muerto, que incluso es la relación entre ambos, una vez que la relación ha sido desarrollada *en sus dos momentos*, no conduce a suprimir como un sinsentido la contradicción entre trabajo y capital, sino a producirla en su forma más concreta, la de las clases: capitalistas y proletarios (tanto en el cara a cara del intercambio como en el proceso de producción). «El capital, por consiguiente, es perfectamente separable de tal o cual capitalista, pero no del capitalista que en cuanto tal se contrapone al obrero. (...) Pero entonces deja de ser obrero. Como obrero, es solamente el trabajo que existe para sí.» (*op. cit.*, pág. 244). Sobre la importancia de la definición de la clase capitalista, cfr. *TC 9*.

La cuestión «muy compleja» de la objetividad y la subjetividad que atormenta a Sander (y que se guarda muy bien de abordar) no se resuelve con idas y venidas entre «objetividad» y «subjetividad», «reificación» y «actividad», «economía» y «lucha de clases», sino produciendo la relación de clase contradictoria entre el proletariado y el capital dentro del movimiento mismo del desarrollo conceptual de la noción de capital. Sander patina por completo cuando pretende distinguir entre capital y capitalista a nivel de la conciencia, es decir, en términos de dependencia o independencia subjetivas en relación con la valorización. En realidad, no hace más que distinguir (mal) entre el

capital en general y los capitales particulares. «¿Por qué los capitalistas siguen reemplazando al trabajo vivo por trabajo muerto si saben que destruye la tasa de beneficio?» La respuesta no remite a la distinción entre capital y capitalista, entre «objetividad» y «subjetividad», sino a la relación entre el capital en general y los capitales particulares, es decir, al análisis de la competencia como momento concreto de las leyes del capital y a través de la que se imponen.

- *Carta de Carlos a Théo Sander: «Una retórica sin referencia a unas realidades cambiantes», 7/12/93*

La respuesta de Carlos es metodológica; negándose a desmontar el planteamiento de Sander, lo rechaza como método: su utilización de las tendencias y su forma de plantear una verdad que en sí misma se burla de las contingencias y juega con ellas («astucias de la historia»).

El tema central de la respuesta de Carlos, a partir de la cual podría haber desarrollado una superación de esta problemática y que apunta a lo que constituye el quid de la cuestión, se encuentra en la pág. 46: «En mi opinión, el planteamiento de la lucha de clases y su teorización se basan precisamente en la discrepancia entre la tendencia general y los límites de la acción cotidiana individual y colectiva.» En lugar de, partiendo de ahí, tratar de lograr una síntesis que supere tanto el objetivismo como el subjetivismo —es decir, el «fatalismo optimista» de las leyes económicas y el curso desordenado de las luchas de clases— mediante una desobjetivación de las leyes económicas y una des-subjetivación de la lucha de clases, Carlos va y viene entre las dos. Rinde homenaje a las leyes económicas generales, pero al mismo tiempo les niega toda validez explicativa inmediata. El fundamento general de su problemática de la lucha de clases, criticada al comienzo de este texto, es lo que le impone ese ir y venir. Al conservar la objetividad de las leyes económicas y no concebir la oposición entre proletariado y capital más que como puntos de vista antagónicos en torno a esas leyes y a partir de ellas, por un lado, se ve forzado a rendirles homenaje y, por otro, debido a la desaparición de cualquier perspectiva de afirmación de clase basada en una identidad obrera confirmada por la objetividad de dichas leyes, ya no encuentra en ellas un principio explicativo de las luchas actuales.

«¿Estás realmente convencido de que a través de la proposición general que representa la caída de la tasa de ganancia podemos explicar absolutamente todo lo que sucede en la realidad fragmentaria y contradictoria del mundo y de nuestras experiencias sociales e individuales?» (pág. 45). «La problemática queda excluida porque ya no hay problemas: todo se explica a través de la ley general, y todos los hechos se reducen a la verificación de la ley; poco importa entonces que, en su apariencia, los fenómenos expresen una corrección (o una contratendencia) porque al final todo acaba remitiéndose a la ley general». No obstante, pág. 47: «No niego la validez de la ley del descenso de la tasa de ganancia como explicación general del sistema capitalista, sino que me limito a subrayar las contratendencias, las peripecias y las desviaciones que, en mi opinión, suscitan las afirmaciones teleológicas y extralimitadas del reduccionismo económico.»

Para Carlos, las leyes y los conceptos que éstas ponen en movimiento no sólo son la «concreción del pensamiento»; son realidades que actúan a su nivel, el de la generalidad, el del devenir global. Su nivel, su modalidad, su campo de acción, son simplemente distintos de los de las acciones concretas inmediatas. «... el sistema capitalista tiene límites históricos (...) Efectivamente, el alcance de la intervención humana y colectiva es más bien limitado respecto a la gran (supra o meta) visión histórica a la que nos une la caída de la tasa de beneficio. Sin embargo, es ahí, en los niveles que están al alcance de las intervenciones concretas, donde se encuentra el envite de los conflictos y de las luchas» (pág. 45). O también: «Efectivamente, la proletarización creciente unifica al proletariado, pero a un cierto nivel (conceptual), porque lo que yo veo es la atomización, la descomposición de los elementos de agregación previos y el debilitamiento de los lazos sobre los que se sustentaba la unidad práctica de los movimientos proletarios...» (pág. 46). De una manera extremadamente realista, ante todo hay que reconocer que cualquiera que sea el ciclo de las luchas, hay momentos en que la clase obrera es derrotada, padece la reestructuración, se atomiza, etc. Pero no es ahí donde realmente se encuentra el meollo de la respuesta de Carlos, que simplemente pretende que Théo y su ley acepten una nueva alianza con los hombres.

Es cierto que la ley no es válida sino a cierto nivel de abstracción; pero ese nivel de abstracción no es más que un nivel de abstracción. No es una realidad subterránea; no es, por ejemplo, la tectónica de placas en relación con la formación del relieve. Las leyes y los conceptos no definen otro nivel activo de la realidad; son las leyes y los conceptos de la realidad inmediata (y no hay otra), de la actividad concreta en su desenvolvimiento histórico inmediato, el cual no constituye su manifestación como el mundo sensible frente a las ideas platónicas. Las leyes de la abstracción no se refieren a otro nivel de realidad, sino al único nivel que existe: el de las experiencias concretas. Así pues, la creciente proletarización no unifica al proletariado mientras que a nivel concreto no vemos más que atomización; la descomposición (cuya realidad puede debatirse) no es otra cosa que esa proletarización creciente que a otro nivel no unifica nada, pero que permite desarrollar todas las determinaciones concretas de esta descomposición, es decir, plantear la «descomposición» como reproducción de la relación social entre proletariado y capital (se trata de un ejemplo, más arriba hemos respondido a la visión unilateral de la descomposición).

Carlos no ataca el contenido de las «verdades» de Sander, por lo que su crítica al método de éste sigue siendo errática. A fin de cuentas, acaba por aceptar las concepciones sustancialistas de Sander sobre la caída de la tasa de beneficio en su relación con la actualidad de la lucha de clases y la «autodestrucción» del capital, a las que no opone más que la experiencia inmediata. A lo largo de todo este debate nos topamos con la incapacidad de sus protagonistas de superar la falsa oposición entre objetividad y subjetividad, entre el curso económico del capital, el curso de su contradicción, y la lucha de clases en sus formas inmediatas.

*Colofón...*

En el n° 91 (otoño de 1999), este debate sobre la «reestructuración» del modo de producción capitalista y las «transformaciones» de la clase obrera, que repunta regularmente en *Échanges*, fue objeto de una contribución particularmente interesante que pretendía elevar la cuestión al nivel de la definición de la clase revolucionaria en su relación con el capital: «No es el proletariado quien está en crisis, sino las ideologías revolucionarias las que han estallado en pedazos» (firmado V. M.). El autor parte del siguiente principio: «El proletariado no es revolucionario por virtud, sino por su posición en la sociedad capitalista, como polo de la contradicción.» De esta posición de principio, y para ceñirse más directamente al tema, el autor deduce: «Sin embargo, queda la cuestión de la unidad de la clase y del momento en que ésta existe. En el período en que la clase sólo existe en sí, actúa a primera vista de forma fragmentaria. Esto se debe a que está fragmentada por los diversos matices de la realidad social que la recorren. Pero este fenómeno no la despoja en absoluto de su unidad, que se concreta en todos los problemas económicos y sociales que surgen del hecho mismo de la existencia de la clase y que los gestores del capitalismo han de afrontar.» «La clase está hecha a imagen de aquello que la produce como clase y al mismo tiempo es portadora de la superación de aquello que la produce como clase.»

El autor de este texto concluye con la idea de que en la actualidad lo que ya no funciona no es la contradicción entre el proletariado y el capital, ni la «unidad» de la clase, sino la «mitología» basada en visiones no superadas heredadas del período de la «dominación formal», en el que el proletariado podía considerarse «exterior al capitalismo». La clase está «cada vez más flagrantemente involucrada en el capital»; de ahí que, por un lado, «ya no puede existir como alternativa a la gestión burguesa del capitalismo, frente a lo que afirmaba el contenido programático del siglo pasado...» y, por otro, a modo de conclusión: «la unidad de la clase no existe como unidad programática (...) sino como manifestación de conflictividad con el capital en todos los ámbitos de la vida...»

En el n° 92 (invierno 1999-2000), el texto sobre «Smart, una huelga diferente a las demás» (firmado HS) vuelve sobre la cuestión. Esta vez es para decir que no hay nada nuevo bajo el sol. Tesis: «El interés de este nuevo modelo de fábrica “modelo” es que no es nuevo en absoluto: las imposiciones económicas, que forman parte integral de la lucha de clases y de un desarrollo caótico, llevan a reconstruir la fábrica integrada tal como existía antaño y que la búsqueda del máximo beneficio a través de la subcontratación había hecho estallar.» Sin embargo, antítesis: «... a esos trabajadores que contribuyen a la misma producción se les mantiene en una división que, por muy artificial que pueda parecer, no es menos real a nivel de las relaciones laborales». Y, por último, síntesis: «la paradoja de toda esta situación es que las necesidades de estas nuevas técnicas productivas obligan a crear una unificación que también se ve negada al intentar impedir, mediante artimañas jurídicas u organizativas, que éstas reconstituyan una unidad proletaria, negándola de alguna manera. Se podrían multiplicar los ejemplos de esta reunificación proletaria detrás de estas construcciones artificiales: la unidad de lugar, la unidad del ritmo de trabajo, la unidad en los horarios (debido a una producción más que «ajustada», todas las unidades distintas deben tener los mismos horarios), etc.» En buena medida, H.S. tiene razón, pero donde no podemos estar de acuerdo con

él es cuando considera las divisiones como «artificiales», como «astucias». Podemos remitir aquí al estudio sobre las fábricas Peugeot en Montbéliard, publicado en *Le Monde Diplomatique* (enero de 2000) donde se acentúa la destrucción del colectivo obrero en el interior de un solo lugar de trabajo. De todas formas, como hemos demostrado varias veces al abordar la cuestión de la reestructuración, esta cuestión no puede ser abordada —ni mucho menos resuelta— ateniéndose exclusivamente al proceso laboral.